

**TAPACHAPAN, UN LUGAR DE FRONTERA:
ENFOQUE NARRATIVO HACIA LA APROPIACIÓN
LOCAL DE UN TERRITORIO PARA SU
CONSERVACIÓN**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

**MAESTRA EN ESTUDIOS
TRANSDISCIPLINARIOS PARA LA
SOSTENIBILIDAD**

PRESENTA:

SARA STRAFFON DÍAZ

CO-DIRECTORES:

Cristina Núñez Madrazo
Krystyna Paradowska

XALAPA, VER.

Diciembre de 2014

INDICE

Presentación.....	3
Capítulo 1. Introducción.....	7
Capítulo 2. El lugar.....	23
Capítulo 3. La comunidad.....	40
Capítulo 4. Perspectivas de conservación del lugar.....	73
Hacia un nuevo principio.....	99
Bibliografía.....	106
Anexo 1.....	110

PRESENTACIÓN

Este trabajo es un ensayo, en el que, desde la imperiosa necesidad de experimentar una metodología alternativa a la científica, en este caso la transdisciplinaria¹, utilizo la narrativa, en la forma de reunión y ensamblado de relatos, como instrumento y método dialógico² que permite aproximarme a un proceso de apropiación de un lugar con miras a su conservación y restauración. Dicha orientación busca establecer un diálogo que incita a la comprensión de uno(a) mismo(a) y de esta manera, nos ayuda a comprender al otro, y a reconocer y valorar la diferencia desde la subjetividad y la pluralidad.

Uno de los principales intereses de este ensayo radica en la construcción de puentes de comunicativos entre campos del saber, desde la biología y las ciencias de la conservación hacia la narrativa antropológica y la historia oral. Esta búsqueda de caminos alternativos ha sido propiciada por un cuestionamiento a los modos de intervención de ecólogos y ambientalistas en sitios de importancia biológica. Tales modos conllevan limitaciones dadas por la desatención del tipo de vínculo consolidado entre los habitantes y su entorno, que en el mejor de los casos es considerado en el discurso, sin la incorporación de este elemento –en gran parte subjetivo y cultural– en la práctica y en las políticas de intervención para la conservación ecológica (o ambiental). Dicho vínculo hablaría de la identidad y perspectiva que tienen los moradores para con su territorio, y de esta forma,

1 El lugar de la transdisciplinaria es un lugar sin lugar. No se encuentra en el hombre interior (al no generar una nueva religión, ni una nueva filosofía, ni una nueva metafísica), ni en el hombre exterior (al no generar una nueva ciencia, así sea la ciencia de las ciencias) (Nicolescu, 1996:85)

2 El relato es un acto de comunicación con una estructura y no una mera suma de informaciones (Lejeune, 1989 En: Nuñez, 2005:59) Se elabora en y a partir del diálogo que se establece entre el investigador y el informante. “Juntos van creando el orden del relato, profundizando aspectos de la vida del sujeto, dando lugar a la emergencia del recuerdo. La memoria se activa a partir de imágenes y de asociaciones, saltando de un momento de la vida a otro, mezclando tiempos y personajes.”(*ibidem*).

manifestaría una intención colectiva de ejercicio y manejo del mismo, sin la cual, el resguardo y protección de un lugar no puede ser efectivo.

El enfoque transdisciplinario se sitúa en muy diversos niveles en este trabajo. En un primer nivel, se encuentra en la vocación por desbordar los métodos disciplinares provenientes de la antropología o ciencias sociales, distanciados de los que se emplean habitualmente en las ciencias biológicas. En otro nivel, el enfoque transdisciplinario se manifiesta en mi presencia constante a lo largo del trabajo como sujeto de investigación al ser una narrativa que incluye mi experiencia y aprendizajes vividos dentro y durante todo el proceso de la indagación. Mi involucramiento como sujeto de investigación, no sólo es visible en los fragmentos de la narrativa donde hablo en primera persona, sino a través de los capítulos; cuando hablo en nombre de otra persona o fuente, estoy recurriendo al ejercicio de la interpretación como ficción para ordenar y dar sentido a la pluralidad de voces puestas en juego en la narración. A pesar de que la naturaleza del relato permite mostrar y legitimar distintas visiones en un plano de horizontalidad -ya que *la verdad* no es una cualidad perseguida y es precisamente una de las razones por las que recurrí a este instrumento- no pretendo disfrazar la influencia de mi propia visión, con sus lentes y filtros puestos, dentro de cada palabra, frase, afirmación o reflexión puesta en boca del otro. La presencia abierta de mi subjetividad es un elemento intencional y a su vez, nace del hecho de que el relato, como conjunto de horizontes personales, históricos y colectivos fue construido en un tiempo diferente al que ocurrieron y fueron emitidas las voces de los protagonistas.

Por las cualidades anteriores, el relato fue elegido como método mediante el cual es

posible hacer frente a un panorama altamente complejo del que no puede deslindarse la posición del observador como actor (participante) y autor (inventor de ficciones). Asimismo, tampoco es necesario excluir aquello que, desde cierto punto de vista, no se puede explicar de forma coherente, ni aquello que pareciera incompatible o contradictorio, puesto que es en la integración de la totalidad donde radica la riqueza del proceso de conocimiento.

El lugar donde realicé esta iniciativa de indagación no fue casual, porque más allá del gusto personal por su paisaje cafetalero inmerso en el bosque de niebla, resultó ser un espacio que me confrontaba con categorías preconcebidas a la vez que con la ausencia de herramientas para comprenderlo. Se trata de Tapachapan³, un sitio de configuración particular a las orillas de una pequeña ciudad que, al mismo tiempo, es un territorio de frontera en donde pueden ser entendidas dinámicas comunes de nuestro país. En este sentido, Tapachapan es tanto un lugar real, como un símbolo, del cual me dispuse a formar mi propia versión a partir del diálogo con sus habitantes.

La preservación y regeneración de este tipo de paisajes de montaña, resulta crucial en nuestro días para el futuro de sus moradores y de los que formamos parte de la comunidad planetaria. Pero sin una coexistencia fundada en un conjunto de referentes comunes, que establecieran un vínculo de arraigo en su territorio, su permanencia, no tendría lugar.

Este esfuerzo, en tanto ensayo, todavía abierto, constituye una exploración que no ha llegado a delimitar una propuesta concreta en pro de la conservación, puesto que el

³ Congregación perteneciente al municipio de Coatepec, y colindante a la ciudad del mismo nombre, en el estado de Veracruz, México.

6

camino que he seguido requirió, antes que nada, madurar una relación distinta con mi formación disciplinaria y mi propio conocimiento para generar formas concretas de poner en práctica nociones transdisciplinarias, lo cual se convirtió al final, en el centro de mi proceso de investigación.

CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN

Contexto epistemológico

Cuenta Leonardo Sciascia⁴ en el *Teatro de la memoria* la crónica del conocido caso del “desmemoriado de Collegno”, un hombre arrestado por robar jarrones de bronce en el cementerio judío de la ciudad de Turín e ingresado en el manicomio de esa ciudad, por presentar síntomas de alienación y desconocimiento de su propia identidad. Siendo el interno número 44.170 del manicomio, fue identificado apasionadamente por la señora Giulia Canella como su marido, Giulio Canella, profesor de filosofía católico desaparecido en combate durante la Primera Guerra Mundial, a pesar de las dudas manifestadas por otras personas cercanas al profesor. Tras ello, con un ligero parecido al marido, “el desmemoriado” decide continuar con la ventajosa identidad del marido amnésico y es trasladado a la casa familiar de los adinerados Canella en Verona. El astuto desmemoriado, como todo buen fino observador de las debilidades humanas, se percata que es el momento para aprovechar de la buena disposición de la familia Canella a creer, y comienza a dejar que sea la solicitud de los demás la que construya el teatro de una memoria que tomará como suya. Un año antes de su sentencia escribe un libro de memorias *Alla ricerca di me stesso* (en la búsqueda de mi mismo) con el que asistimos al ejercicio de la búsqueda, reapropiación y fabricación de los recuerdos de un desaparecido que se escuda en el nombre de Giulio Canella con que firma el libro. Fue hasta que unas cartas anónimas que contradecían la asignación de esta identidad provocaron su arresto, tras cotejar sus huellas dactilares y hallarlas idénticas a las del impostor Mario Bruneri, un tipógrafo turinés

⁴ Escritor siciliano (1921-1989) prolífico entre cuyas variadas novelas están las crónicas de tono ensayístico como la citada.

acusado de robo y estafa a gran y media escala en diversas ocasiones.

De la narrativa testimonial del caso se desprenden los revuelos de la subjetividad en aras de la aproximación a “la verdad”, mostrando las paradojas que la constituyen, entramando los intereses y las posturas de los distintos protagonistas plasmados en documentos oficiales, cartas escritas por los familiares, declaraciones, artículos e informes médicos, así como la revelación de ciertos intereses políticos del régimen fascista y la preocupación personal de Mussolini por el mismo, como elementos que aportan partículas de solidez al rompecabezas pantanoso de la historia. Es decir, el caso mismo se teje, más que por evidencias, por un montón de relatos literarios en los cuales se vaga por los engaños de la memoria, por las ansias de hacer realidades de ficciones y por la manipulación de los acontecimientos para fabricar una historia (y viceversa).

La novela, al llevar al absurdo el método de prosecución de pruebas judiciales, parte del ridículo de una historia que se inventa y que posteriormente es creída, no solamente por la familia, sino también por el deseo de creer de la sociedad. Es un texto brillante que me hace reflexionar en la naturaleza del relato, en particular, del que construyo ahora debido a mis estudios de maestría.

Sciascia me remite a la fuente misma de mi inquietud: ¿será que aquellas verdades en las que creemos firmemente, no son más que inventos necesarios para que nuestra vida transcurra con sentido? En este caso seríamos los personajes de nosotros mismos, pero tal vez descubriríamos algo más curioso: que no hay un verdadero ser que se contrapone al que construimos en nuestra ficción, sino que la ficción en la que decidimos cada momento vivir coincide con lo que somos. La cultura balinesa, por ejemplo, se sostiene sobre un conjunto

de modelos estéticos representados socialmente, cuya infracción puede determinar incluso, la exclusión social de quienes no los respetan (Geertz, 1989). En aquella extravagante isla, la deshonra que provocaría una conducta improvisada, haría polvo la seguridad existencial del balinés al socavar el sentido de su sociabilidad. La unidad estética de la conducta es entonces un factor cardinal en la vida de aquella isla, y su pérdida determina una clase de muerte social, pero también psicológica, del individuo. A la espontaneidad y a la franqueza no se las aprecia en lo más mínimo allá donde la ficción lo es todo. En Bali la máscara parece ser esencia y no accesorio; el personaje es más real que el actor que lo interpreta. Es más, solo a éste se le otorga el privilegio de ser real. El personaje y no el individuo es el medio elegido por el balinés para reafirmar su tradición y ser lo que es. ¿No será entonces, me cuestiono, que yo también deba formular mi propia ficción para dar con la experiencia del encuentro con mi lugar de estudio, Tapachapan? Importantes pensadores como Clifford Geertz y Marc Augé, podrían ayudarme a aclarar esa pregunta. Así se expresa el primero con relación al quehacer del antropólogo:

“Elaborar descripciones orientadas hacia el punto de vista del actor de los hechos relativos a un caudillo beréber, a un comerciante judío y a un militar francés en el Marruecos de 1912 constituye claramente un acto imaginativo, en modo alguno diferente de la elaboración de análogas descripciones de, digamos, las relaciones que tenían entre sí un médico de provincias francés, su boba y adúltera esposa y el fútil amante en la Francia del siglo XIX.” (Geertz, 1989: 28)

¿Qué es la ficción entonces, si podemos considerar equivalentes el relato de un antropólogo sobre la cultura y la sociedad en el Marruecos de finales del XIX y la

descripción de un historiador sobre el mismo periodo? ¿Acaso el ser humano, por disposición natural, no puede ir más allá de las apariencias?, ¿o será que no hay ninguna apariencia porque no hay una sola realidad, sino realidades que dependen tanto de las paradojas de la conciencia como las de la materia (onda-partícula⁵)? ¿En dónde podemos rastrear los principios éticos que deberían sostener la vida, si la realidad que antes creíamos dada es en gran parte, como parecen indicarnos aportaciones de la física, por ejemplo, una creación?, ¿cómo nos enlazamos en un mundo “plurirreal”⁶ que combina, bajo la legión de leyes en perenne cambio, elementos aparentemente contradictorios?, ¿qué hacemos con una realidad viva que nunca cesa de moverse? Me figuro a la realidad como un escenario carente de las viejas barreras que separan el que ve y el que es visto, el representado y el representante, el sujeto y el objeto. En un teatro sin papeles definidos, el rostro de la verdad puede cambiar huésped muy seguido, y lo que antes tachábamos de mentira para sentirnos del lado correcto de la verdad, ahora vemos que se reúne bajo la confección de una ficción en la que debemos en cada momento negociar nuestra identidad, como decide hacer, de manera ciertamente muy novelesca, Mario Bruneri. Veo a la ficción como la construcción nunca acabada de una historia, como el momento positivo, necesario y sintético de la creación; ella es, de alguna manera, una realización posible del universo entero, fuerza portadora de ilusiones de totalidad, punto de reunión y juego de la memoria y el olvido:

5 La dualidad onda-partícula es un “concepto de la mecánica cuántica según el cual no hay diferencias fundamentales entre partículas y ondas: las partículas pueden comportarse como ondas y viceversa”. (Stephen Hawking, 2001:206)

6 “Un nuevo principio de Relatividad emerge de la coexistencia entre la pluralidad compleja y la unidad abierta: ningún nivel de Realidad constituye un lugar privilegiado donde se puedan comprender todos los otros niveles de Realidad. Un nivel de Realidad es lo que es porque todos los otros niveles existen a la vez. Este Principio de Relatividad es fundador de una nueva mirada sobre la religión, la política, el arte, la educación, la vida social. Y cuando nuestra mirada sobre el mundo cambia, el mundo cambia. En la visión transdisciplinaria, la Realidad no es solamente multidimensional –es también multireferencial.” (Nicolescu, 1996 : 43).

“[...] si definimos a los demás como seres que viven una especie de ficción (en la cual, no lo olvidemos, intervienen una multiplicidad de personajes extraños: dioses, espíritus, hechiceros.. .), nosotros mismos nos definimos al mismo tiempo como observadores objetivos, que como máximo procuran no dejarse arrastrar por las historias de los demás, no dejarse imponer un rol; al hacerlo, no pensamos en las ficciones que vivimos nosotros mismos. Al proceder al estudio del relato damos prioridad a un enfoque a partir del cual analizamos las modalidades de exploración y explotación de la vida a través del relato, pero dejamos de lado de manera deliberada las modalidades por las cuales la propia vida, individual y colectiva, se construye como ficción en sentido amplio (no como ficción antónima de la verdad del relato supuestamente verdadero de los historiadores, sino como narración, como guión que obedece a un cierto número de reglas formales). Ahora bien, la principal operación de plasmación en la ficción de la vida individual y colectiva es el olvido.” (Augé, 1998: 41).

Augé se percata, como Geertz (1989), que al transcribir o convertir la experiencia en un relato, efectuamos una reducción de la complejidad de aquélla, por medio de la elección de fragmentos dispersos que nos empeñamos en colocar a lo largo de una línea del tiempo, es decir, realizamos una ficción: fabricamos nuestra propia versión de los hechos, con los materiales, tanto conceptuales como lingüísticos, de los que disponemos en ciertos momentos de nuestra vida. En pocas palabras, la distancia entre la experiencia que se vive y aquella que se recuerda, se resuelve en un relato del que somos los autores y la suma de lo que somos es responsables.

Me gusta pensar entonces que, al entrar a Tapachapan, casi como Calvino ante la ciudad de Tamara (2003), no solamente hice incursión, por alguna razón de la vida, en un lugar hecho de fincas de café y caminos cuarteados, sino que me metí en un embrollo de

signos, a menudo contrastantes, parecido a una complicada maraña de ramas que, bajo el impulso ordenador del todo, consigue adquirir una apariencia armónica. En suma, me di cuenta que en ese momento, y a partir de mis circunstancias, podía convertirme en esta fuerza ordenadora, y que podía hacerlo por conducto de un relato, de mi propia ficción y de mi ineludible olvido. Empecé entonces a ver el lugar de manera distinta; en lugar de proponerme analizarlo desde la perspectiva de intervención de una bióloga conservacionista, o con el lente de un estudio historiográfico para el que no estaba preparada, decidí emprender la comprensión de aquel paisaje a través de sus múltiples voces (lugares, personas y libros, por sobre todo), a las que puntualmente hacían de contrapunto las mías.

Inmersión al sitio

Uno sabe que se encuentra cerca de Tapachapan porque se aproxima a la periferia de Coatepec, donde acaban las calles pavimentadas e inicia una terracería cercada por cafetales a ambos lados. Al continuar el camino empieza el empedrado, desde el cual, si el cielo está despejado, pueden notarse los cerros verdes bien definidos que anteceden la vista del Cofre de Perote. Pero no podemos fijar todo el tiempo la mirada en las montañas, si no queremos ser sorprendidos por alguna enorme piedra, de esas que ocupan regularmente la calzada. Así es como entramos al lugar, y nos parece que aquél que acabamos de tomar, es el sólo rumbo posible por recorrer. Pero, al poco rato, nos damos cuenta que, detrás de las predios y del río, que ocupan por largos ratos la orilla izquierda y la derecha del camino respectivamente, existe un mundo que desconocemos por completo y que se deja apenas

intuir por escasos fugaces indicios: un puente amarillo de hierro que permite atravesar el río, la fachada de una linda cabaña de madera (probablemente de algún intelectual ermitaño), un grupo de caballos pastando, una enorme y vieja araucaria que, pese a ser exótica⁷, guarda alguna relación con la vegetación del lugar, y que por eso suscita la encendida curiosidad de enterarse del motivo de su presencia.

Al dejar la dimensión rectilínea del camino, ocupada principalmente por los intercambios de palabras y saludos de los jornaleros que trabajan en las principales rancherías, es fácil percatarse que Tapachapan está muy escasamente habitado y que aquellas pocas personas que en él residen poseen historias muy diferentes. Empecemos por la primera cuestión, es decir la escasa densidad demográfica: un buen observador, desde el primer momento de su entrada, notaría que sobre la calzada empedrada, como antes mencioné, se cruzan principalmente los trabajadores de las fincas adyacentes, más uno que otro turista o visitador temporal, el cual, por lo general, pretende llegar a la Cascada de la Granada ubicada a varios kilómetros hacia el interior. El tamaño de las propiedades y el hecho de que éstas pertenezcan en gran medida a adinerados residentes de la ciudades vecinas (el “pueblo mágico” de Coatepec y la capital del Estado, Xalapa), produce una ocupación dispersa del territorio que resulta salpicado de pequeñas agrupaciones de casas en donde habitan las familias de los jornaleros y campesinos. Los ranchos o casas de dueños adinerados están resguardados, naturalmente, detrás de altos muros que terminan frustrando cualquier intento de furtiva ojeada. Tapachapan es, en pocas palabras, un lugar que a lo largo de varias generaciones, ha venido reproduciendo aquella vieja relación entre

⁷ Las araucarias son árboles de un género (*Araucaria*) cuya distribución se encuentra tan sólo en el hemisferio sur (Sudamérica y Oceanía).

siervo y patrón que tanto ha influido en la historia del país. La diferencia con otros lugares, es que aquí no se ha cimentado una vida social evidente, en el sentido de capital social palpable⁸; no hay pueblo, donde se genere un sentido de comunidad. Los vínculos sociales, eran y siguen siendo, en lo fundamental, de orden laboral, un hecho que determina que los intercambios y las relaciones sociales sean esencialmente utilitarios.

Por lo que concierne a la extrema diversidad de orígenes de quienes residen en este lugar o territorio, es de subrayar que en las últimas tres décadas, sobre las olas de una sensibilidad ciudadana (muy moderna) hacia el medio ambiente⁹, han llegado personas a la congregación que, como yo, buscaban amparo de las locuras de la vida urbana. La población actual se reduce entonces, a los jornaleros de las fincas con sus familias, a grandes dueños ausentes y, finalmente, a medianos propietarios que ejercen alguna actividad productiva y que, por lo general, pertenecen a la antigua estructura social de la ciudad de Coatepec, más otros pocos que han venido de fuera. Gente que no tiene casi nada en común y que, además, está la mayor parte de su tiempo ausente, es decir, o físicamente en otros lugares, o en el mismo, pero encerrados en la tranquilidad de su casa en el bosque.

Para mi investigación estos descubrimientos fueron, en un principio, desorientadores, pues yo iba en busca de una serena comunidad de campo porque mis estudios de maestría me estaban diciendo que había que comprometerse con una comunidad. ¡Pero si yo acababa de ver que en Tapachapan no parecía haber una comunidad

8 El concepto de capital social tiene muy variadas aplicaciones, la mayoría de las cuales como atributo de las sociedades y no de pequeñas agrupaciones. En este caso lo utilizo en esta última perspectiva: “El capital social se refiere a las características de organización social, tales como la confianza, las normas y redes, que pueden mejorar la eficiencia de la sociedad mediante la facilitación de las acciones coordinadas” (Putnam et al. (1994 : 212) En: Millán y Gordón, 2004

9 Población oriunda de grandes ciudades (generalmente) con preocupaciones ambientalistas y un nivel socioeconómico que les permite buscar residencia en el campo o en un entorno más cercano a la naturaleza.

y que lo poco que había resultaba ser, más bien, una Babel! Más tarde, pensando detenidamente, me di cuenta que, en lugar de ser impedimentos, estas circunstancias hubieran podido indicar para mí un horizonte esperanzador.

Comencé entonces a trabajar con la perspectiva del relato de los habitantes relativo al lugar y sus problemáticas, pues me decía que, en ausencia de un espacio de intercambio vecinal del que pudiera valerme, el único contexto de análisis al que podía aproximarme, era el que reposaba en el diálogo con las personas y en mi propia experiencia. La conciencia entonces se transforma en un megáfono de las voces que nos atraviesan y de cuyo orden somos los responsables. No existiendo entonces las condiciones para una indagación que privilegiase la acción participativa, tuve que encontrar una manera de provocar el encuentro entre las distintas voces que urden el paisaje de este lugar, una manera “no contemporánea”, como diría Augé¹⁰. Mi persona se tornaba idealmente en la plaza que nunca tuvo la congregación y, como si eso fuera poco, era también una de las tantas voces dispersas entre aquellas de los lugareños. Yo necesitaba salirme de aquel rumbo fijo, muy bien representado por la calzada, que marcaba tan claramente la geografía humana del lugar. Pero para hacer eso, en primera instancia, tenía que inventarme un personaje: el mío.

10 “El etnólogo tiene que estar ojo avizor: debe vigilar a derecha e izquierda. En cuanto he empezado a hablar de estructura prenarrativa para buscar su huella y su ilustración en los datos etnográficos de que dispongo, he creído ya ver cómo se fruncía el ceño de mi superego etnológico o, digamos, de mis colegas más atentos. Si pretendo que los otros vivan la ficción, y más aún su propia ficción, situándome por definición fuera de ésta, e incluso fuera de cualquier tipo de ficción pues mi objetivo es elaborar <<documentos>> como decía Bataille, transcribiendo lo que tengo ante mis ojos ¿no estoy acentuando la no-contemporaneidad del observador que ha denunciado precisamente Johannes Fabian y cuya huella está presente en toda la literatura antropológica?, en definitiva ¿no estoy contribuyendo a reproducir y a amplificarla ficción etnográfica?” (Augé, 1998: 43-44).

Mi ficción

Me imaginé ser una bióloga tráfuga que, con recursos no limitados a los de su formación, pretende contribuir con la preservación de los paraísos naturales con los que todavía cuenta nuestro país. Me gusta el término tráfuga porque evoca una inadaptación y un consecuente distanciamiento (sin llegar a la renuncia, en mi caso) del conjunto de recursos metodológicos y epistemológicos en los que fui formada¹¹. Pero, al mismo tiempo, empieza a extenderse un conjunto nuevo o, al menos, en formación. Quizá una investigación como ésta no sea más que el resultado que sobreviene al cúmulo de necesidades, preocupaciones y deformidades que he cultivado en el estudio de la biología y fueron macerándose durante mi experiencia profesional hasta convertirse en una exploración dentro de otras metodologías no científicas. La biología es una de las pocas ciencias naturales, que en el contexto de crisis ambiental planetaria que enfrentamos, ha agigantado su preocupación por resguardar todo aquello que es su materia de comprensión. Su campo de interés, la vida en su sentido amplio y sus procesos, está perdiendo uno de sus más grandes atributos: la biodiversidad. No veo a la física o a la química, queriendo proteger sus partículas elementales o los fenómenos electromagnéticos. La biología ahora extiende sus ramas intentando entender y proteger sus “acervos genéticos”, interacciones ecológicas, servicios de los ecosistemas, es decir, la organización sistémica de la vida en todos los niveles.

De-formación crítica

¹¹ Uso esta palabra en la acepción de “persona que pasa de una ideología o colectividad a otra.” Más allá de la versión restringida al contexto político en el que un tráfuga se considera como desertor por conveniencia de un bando en tiempo de conflicto, concibo a esta persona como aquella inadaptada al criterio fijado por cierto gremio, para apartarse de él o hacer resurgir uno nuevo. Considero al transfugismo como un fenómeno de errancia y extranjería.

En 1985 nació la definición de biología de la conservación, rama científica reciente como tantas otras emergidas por la condición de crisis que convulsiona a nuestras sociedades actuales. Coincido plenamente con Wagensberg (2002) en que “toda nueva disciplina científica inventada para llenar un hueco interdisciplinario agrava el problema de la interdisciplinariedad en justo una disciplina más”. Sin embargo, como ocurre con las ciencias de “crisis”, que más bien son subdisciplinas, su primer impulso es llevar los conocimientos de su campo general a la resolución de problemas concretos. En el caso de esta disciplina, su campo está orientado hacia los problemas de las especies, comunidades y ecosistemas afectados por los seres humanos; de eso resulta que, tarde o temprano, el carácter interdisciplinario sea ineludible y, al asumirlo, la biología de la conservación se renombró más de una vez: ciencia de la conservación y ciencias ambientales, entre los apelativos más usados. Hoy en día se reconoce que ella tiene por meta esencial mejorar el bienestar del ser humano a través del manejo apropiado de su ambiente (Kareiva y Marvier, 2012). Para esa época, México ya contaba con una amplia experiencia por parte de grupos de académicos y profesionales que se dedicaban a la construcción de fundamentos y estrategias de acción para la conservación. Parte de ese grupo, que con su trabajo sigue formando generaciones de ecólogos y especialistas en ciencias ambientales, ha legado una serie de planteamientos de los que me considero heredera:

- [La biodiversidad es un patrimonio natural que ha sido ignorado por largo tiempo hasta que su pérdida se convirtió en una amenaza para el bienestar humano.
- [Este patrimonio, disminuido catastróficamente, es un bien común de cuya permanencia dependemos y somos responsables simultáneamente. Las regiones

donde esta biodiversidad ha florecido, dando como resultado la megadiversidad, sufren una mayor amenaza de su pérdida.

- [Aquellos que convertimos este patrimonio en nuestra fuente de fascinación y curiosidad, hemos sido convocados a cuidarlo, conocerlo, mantenerlo y defenderlo, desde la trinchera en que nos toque estar.

No creo que alguien que cuente con un poco de conciencia ambiental pudiera estar en desacuerdo con dichas palabras, las cuales, al ser ampliamente aceptadas, se acercan más a postulados que simples consideraciones. La dificultad comienza cuando se plantean los acuerdos para llevar a cabo acciones o intervenciones desde el ámbito científico y académico, cuya diversidad en métodos y formas de hacer las cosas es tan grande como las problemáticas y contextos donde se sitúan. Yo no conozco de cerca todos esos contextos, y como no se puede hablar de lo que no se conoce bien, me limitaré a contar aquellas lecciones y reflexiones nacidas a partir de mi experiencia profesional dentro de un modelo de gestión ambiental en la Selva Lacandona, desde el cual mi mirada científica ha cambiado al relacionarme tan estrechamente con un modelo de intervención conservacionista dentro de un área protegida: La Reserva de la Biosfera Montes Azules.

Entre las dificultades que experimenté con un grupo de biólogos interesados por promover la conservación de la selva dentro de una problemática de marginación social y desarraigo en ejidos, encontré una grave ausencia de interrelación disciplinaria. Supuestamente la complejidad de la problemática ambiental de una zona obliga a la conformación de grupos inter o multidisciplinarios: agrónomos, sociólogos, biólogos,

economistas, antropólogos, comunicólogos, expertos en políticas públicas, etc. Los grupos que se consolidan en una visión de la conservación no forman equipos multidisciplinarios equilibrados. Mi equipo de trabajo, por ejemplo, que contaba con una fuerte presencia por parte de otros profesionistas, relegaba tareas secundarias a éstos mientras que el diseño de las estrategias y programas era de exclusividad de los biólogos.

Por otro lado, permanentemente son visibles las dificultades de generar procesos autogestivos y de participación social consciente. La participación de la población local es reducida al manejo y administración de los productos del proyecto, sin lograr construir una visión compartida y un diseño participativo del mismo. Lo anterior desemboca, la mayoría de las veces e inevitablemente, en la conservación de las tendencias paternalistas. Además, existe otro factor previo que contribuye a dichas tendencias: el hecho de que los objetivos principales de estos programas se resuman en proveer de ingresos económicos complementarios a aquellas comunidades que conservan la naturaleza sin utilizarla como medio de subsistencia. Eso termina produciendo una actitud de dependencia y sumisión hacia los organizadores del proyecto, puesto que sin su permanente asesoría y recursos, las iniciativas serían inviables.

E n e l **cuarto capítulo**, abordo con mayor profundidad estas reflexiones, correlacionándolas con las prácticas conservacionistas a un nivel más general y básico, para reconocer la necesidad de replantear los enfoques de la mayoría de las acciones de conservación. Las reflexiones se desprenden de mi experiencia profesional en proyectos de conservación previos a la maestría y a mi participación como estudiante en el “Diplomado en restauración del bosque de niebla” vinculado a los proyectos de restauración en

Tapachapan. Profundizaré sobre el hecho de que éstas no consideran, en la práctica, el papel esencial del tejido social y la importancia de la visión de la población local sobre su propio lugar. Por tal razón, la participación social se ve reducida a un mero requisito protocolario en la intervención del paisaje, en lugar de la plataforma *sine qua non* emprender iniciativas sostenibles (colectivas, locales y endógenas) de conservación y restauración. Una iniciativa de investigación-acción distinta, sustentada en un trabajo directo con las personas y con sus historias, tendría que partir de la necesidad de establecer tanto una comunicación eficiente (abierta, horizontal y honesta) con las comunidades, que permita entender los intereses en común; como la creación de una visión del lugar compartida, que proporcione base y sentido a la apropiación autogestiva de cualquier iniciativa hacia la preservación de su entorno. Es justamente ésta la intención que detrás del trabajo que inicié en Tapachapan.

Desde este personaje que me construí, volví a Tapachapan: como muchos rincones en esta región de bosque de niebla¹², es un lugar que inspira a quien se deja seducir por los contrastes entre sus variados matices: el frescor de sus fincas, las hayas de su bosque de galería, los clareados potreros, los lomeríos enmontados y los claros oscuros de su bosque primario. Tal vez esta combinación no fascine más que por el discreto encanto de su silencio. **El segundo capítulo**, tiene el propósito de narrar mi encuentro con este lugar y las presencias que en él me acompañaron. La primera vez que lo recorrí no tenía motivos de realizar un trabajo de investigación ahí, quería conocerlo y saber si se trataba de uno de esos rumbos donde se puede soñar con hacerse de un terruño, habitarlo y vivir rodeada del bosque que crece en torno al cafetal y los arroyos. Poco a poco, en cada paseo que di por su

12 Se explica esta categoría de vegetación a profundidad en el cuarto capítulo.

calzada, la complejidad de su paisaje natural y social me hizo topar con mi ignorancia. Mucho antes de decidir que realizaría mi proyecto de maestría en Tapachapan, me interesaba conocer qué tipo de bosque y vegetación poblaba sus escarpadas pendientes, si se tenían estudios sobre su importancia y valor, tanto para la gente, por ser beneficiaria de sus bienes ambientales, como para la curiosidad científica: especies raras o tal vez endemismos, interacciones ecológicas, especies con potencial de aprovechamiento. Posteriormente, al empezar esta investigación, me interesó la relación de subsistencia que los habitantes establecen con el bosque. Leí con entusiasmo el estudio que realizó una propietaria, Kitzia De Fuentes, estudiante de la maestría en Ciencias que se imparte en el INECOL, A. C. (Instituto de Ecología), sobre las percepciones ambientales que sus moradores tenían. El trabajo de esta bióloga, incluye un compendio detallado de las características biológicas y fisiográficas del territorio en esta congregación. A eso siguió el momento de las entrevistas, las cuales fueron buscando la cordialidad del encuentro y la conversación, pues mis preguntas tenían como principal motivo dejarme llevar por las respuestas de mis interlocutores. En **el tercer capítulo** relato mi profundización en la relación de los habitantes con su entorno, a través de sus propias ficciones construidas a través de su memoria, en el sentido evocado anteriormente. En dicho capítulo está condensada la mayor parte del trabajo de campo, el cual fue absolutamente desafiante, en primer lugar, porque tradicionalmente los biólogos realizamos trabajo de campo con poco interés por relacionarnos con los lugareños, en muchas ocasiones podría hablarse de que aplicamos la fórmula: en función inversamente proporcional a la cantidad de información biológica o ecológica que busquemos y necesitemos. En segundo lugar porque no estamos

atentos o interesados, ni dispuestos a veces, a romper nuestros paradigmas. Y si era un paradigma el que tenía que romper, no podía entonces no aprovechar las oportunidades que la circunstancia me ofrecía. Empezaba a ver que, como para los balineses, también mi personaje podía ser más real que el que lo ha creado. Me dejé educar entonces por mi querido personaje: me vi saliéndome del camino para poder ver lo que se oculta más allá de él, y las comparsas que me acompañaban coincidían con las preocupaciones cultivadas acerca de la naturaleza del lugar: en primera instancia estaba la no-comunidad, a la que dediqué también espacio en dicho capítulo. Decidí recrearla, de alguna manera, a través de las voces de las personas con las que tuve la suerte de coincidir, cuyo principio de integración pasaba por mi persona y, también, por los libros leídos acerca de la congregación y otros que se conectaron repentinamente sobre la marcha; en segundo lugar, se colocaba la diferencia (la “otredad” de los antropólogos), que separaba tanto a los residentes entre sí, como entre ellos y yo; finalmente, el capítulo tres, expone como dije, la imposición de las anteojeras de la conservación-restauración con las que había venido trabajando por largo tiempo dejándome, como dije, una sensación de insatisfacción.

Espero que este escrito responda a la inquietud que me hice al ingresar al posgrado (en estudios Transdisciplinarios) cuando no encontraba la manera de comprender la transdisciplinariedad en la práctica. Lo hice en el relato, capaz de conjuntar ordenadamente las historias que lo componen, enemigo éste de la respuesta última o de la verdad infalible, vasallo de la libertad y verdadero instrumento ético de cambio personal y colectivo.

Capítulo 2. EL LUGAR

1. Incipit

Don Severiano Martínez, trabajador de fincas, habitante de Tapachapan y, el actual agente municipal, decía que: “hace tiempo este lugar estaba más bonito, lleno de puras fincas trabajadas”. El café se convirtió en el principal cultivo, desde finales del siglo XIX, y habría de configurar el paisaje cultural de toda la región hasta el presente. Por aquellos años, las dinámicas de la expansión del capital estaban empezando a incidir fuertemente sobre las muy aprovechables tierras vírgenes mexicanas. Territorios enteros, por toda América, se veían reconvertidos a la vocación productiva y el consumo a gran escala, de la que el café empezaba a ser fiel acompañante. Con la palabra “reconvertidos” me refiero, no solo a la creencia en el ideal de su incorporación al progreso de la nación (eran los tiempos de Porfirio Díaz), sino y sobre todo, al hecho de que dichos territorios fueron transformados radicalmente, tanto en su dimensión ecológica como social, cuando tuvieron que doblegarse ante el imperio de un mercado ya ampliamente mundializado. La región del bosque mesófilo¹³ del centro de Veracruz fue uno de ellos.

Este paraíso cafetalero, de laderas cubiertas por árboles frutales, de ríos protegidos por inmensas hayas, y helechos arborescentes sobresaliendo por aquí y allá en las cañadas, es la imagen que representa un arquetipo con el que yo me he acercado a este lugar: una especie de idilio bucólico. Apasionada por los paisajes naturales, me encontraba huyendo de uno que, desde mi mirada de bióloga en vías de escape, carecía de proporcionalidad: la

13 El bosque mesófilo de montaña (BMM), o bosque de niebla, es un tipo de vegetación distribuida en las montañas, caracterizada por la presencia persistente de nubes al nivel de la vegetación, de ahí su nombre. Dado su complejo origen y naturaleza, la composición y caracterización del BMM presenta dificultades, pero se puede decir que predominan en él árboles caducifolios (de hoja caduca) de clima templado, por ejemplo el liquidámbar, el encino, la haya y el pino. (Challenger, 1998; Rzedowski, 2006 En: CONABIO, 2010).

Ciudad de México. Con este propósito me aferré a iniciar el proceso de búsqueda de otra región dónde radicar. Al conocer Tapachapan me topé con la oportunidad de satisfacer mis deseos de vivir en un entorno más verde, y la posibilidad de hacerlo realidad.

El primer instinto que me surgió de este entrañable lugar, fue el de su protección y resguardo. Un bosque como éste, con sus cafetos, tendría que mantenerse así, quedar para siempre enmarcado en esta imagen agreste. Mis antenas de bióloga conservacionista se activaron desde el primer momento. Después llegó la oportunidad de inscribirme a un posgrado para satisfacer la inquietud de conservación y comprensión de este lugar, y con ella la ocasión de acercarme más a él, de acortar esta distancia que el filtro de mi visión idílica también me imponía. Al aproximarme por primera vez desde mi entrada a la maestría en Estudios Transdisciplinarios para la Sostenibilidad que se imparte en el Centro de EcoAlfabetización y Diálogo de Saberes, noté que el paisaje de Tapachapan era más complejo que el vislumbrado inicialmente, y ameritaba una segunda mirada más profunda.

1.1 Camino a Tapachapan

Amaneciendo con una energía muy especial, aquel lunes de septiembre de 2013, me disponía a hacer una caminata intensa por Tapachapan. Días antes había leído aquel texto de Ivan Illich, *Energía y equidad*¹⁴ que, de cierta forma, había embriagado mi ánimo y dado fuerza a mis piernas para recorrer el camino que lleva desde el centro de Coatepec hacia la congregación. Lo cierto es que, también otros motivos más concretos me hicieron llegar a

14 En *Energía y Equidad*, Illich (1974) analiza con sencillez y contundencia la relación entre el desarrollo de la energía mecánica en la industria de los transportes y la pérdida de libertad e igualdad entre los humanos. Después de una argumentación muy sólida concluye que la circulación óptima es la de la locomoción de las personas, y no la de los vehículos.

pie este día en la ausencia de alternativas: sin dinero, sin transporte (no existe transporte público que llegue a esta localidad), sin bicicleta, pero con todo el día por delante y dos pies bien puestos.

Me encaminé desde el centro de Coatepec, fui palpando las calles, desde las conocidas hasta las que nunca había caminado, quizá rodado, pero jamás pisado. El sol pegaba fuerte y estaba muy animada por el acierto de llegar de una nueva manera. Pronto pasé por la casa de Don Cruz, trabajador de las fincas del lugar de más de setenta años de edad, quien hace diariamente el mismo trayecto que yo estaba recorriendo ese día. En el camino, llegando a la calzada empedrada¹⁵, se esfumó la ilusión de andar en completa soledad hasta mi destino. Me topé con un amigo de Rina, una doctora homeópata que vive en un recodo del río y de la calzada de Tapachapan; los dos compartimos el asombro por el cielo y la claridad de las montañas que ese día acompañaban nuestro camino. A pesar de la distracción amena de la compañía, me esforcé por mantener la atención hacia lo que estaba aconteciendo en el entorno: la gente que pasaba, los caballos, las plantas cultivadas y los afanes de las personas en el camino. No nos incomodaba ir por ciertos ratos en silencio, lo cual agradecí. Sin buscar ni esperar algo como una temática de investigación a partir de esta experiencia contemplativa, encontré muchos detalles donde detener mi mirada, y sobre todo, preguntas a mi regreso que moldearon la forma de abordar mi trabajo en tal lugar.

Varios metros después de terminar la bajada principal que introduce a la localidad, uno observa, en grandes letras pintadas sobre una pared blanca, una inscripción que dice: “Rancho Tapachapan”. Recuerdo que un lugareño llamado Cruz Fuentes, alguna vez me platicó de los hermanos Pineda, antiguos propietarios del lugar, quienes nombraron así a

¹⁵ Que constituye el principal camino y atraviesa de este a oeste la congregación.

esta localidad. Además de esta mención, no he encontrado ninguna otra acerca del origen del nombre de la congregación, ni por lo que concierne a la toponimia del sitio, aunque por contener la terminación náhuatl “-apan” nos habla del significado del río al lado sur de la calzada. Frente a esta construcción donde se nombra al lugar, se encuentra el Templo Evangélico “Ebenezer”, el cual tiene aproximadamente 25 años en la zona. Su construcción fue promovida por Don Ambrosio Alarcón, quien llegó hace más de 40 años, acompañado de la religión evangélica, la cual profesa de una manera que, desde mi punto de vista, constituye una práctica central en su vida.

Esta edificación llama la atención porque da pie al pequeño conjunto de casas, tienda y escuelas que parecieran conformar el núcleo de una pequeña colonia. En realidad se trata del centro de una unidad familiar, la establecida por Ambrosio Alarcón. Es el único grupo de viviendas que parece tener un patrón distinto al de todo lo demás en el lugar: son varias casas muy pegadas unas con otras, comparten los accesos y áreas para los animales de traspatio, alrededor de él siempre hay una jauría de perros vigilantes que cuidan a toda la pequeña “colonia”.

Después de esta concentración de casas, la calzada vuelve a ser el camino empedrado con una que otra construcción más o menos aislada, barda o muro desperdigados por aquí y por allá. Algunas preguntas, surgidas de la sensación de extrañeza hacia un espacio que resistía a revelarse, se asomaron: ¿Cómo fue repartida en él la tierra?, ¿por qué no parece haber un centro de reunión o, cuanto menos, un espacio de recreación en la comunidad?, ¿qué significa el hecho tan singular de que la única comunidad manifiesta que encuentro de primera impresión sea la familia Alarcón, mencionada antes?

Tapachapan parece ser un territorio ambiguo. Odile Hoffman (1989) habla de un modelo de repartición de las tierras a inicios del siglo XX en la región, sobretodo de tipo “ranchero”, es decir, entre unos cuantos propietarios (empresarios con capital), ya sea por adjudicación o por compras. Debido esta conformación irregular y desfasada de las propiedades, es decir que, como en el caso de un ejido, no fueron repartidas en un mismo momento a los propietarios, pero tampoco fue un reparto completo resultado de la fragmentación de una hacienda, sino que fueron adjudicándose a grandes y luego pequeños terratenientes. Esto no permitió que naciera en el territorio un pasado vivido en común y tampoco fue absorbido por dinámicas sociales como las propias de un pueblo, un ejido o una colonia semi-urbana (tratándose de las afueras de Coatepec).

La sensación de que haya vínculos entre las personas llega después de cierto tiempo de recorrerlo, a excepción de la pequeña porción de la población que constituye la familia Alarcón, donde curiosamente sí existen espacios de conversación entre personas, por muy reducidos que éstos sean: una banca (fuera de la tienda de abarrotes) o a la salida del templo evangélico.

1.2 La entrada a la hacienda “El Trianón”

Para entrar a la hacienda hay que cruzar el puente del río Gavilanes, tapizado de un sedoso musgo, e iniciar la subida pasando a un lado de una impresionante araucaria de más de 40 metros que antecede a la vista de la fachada de la gran casa. Este árbol tiene el aspecto de un ser entrado en años gracias al heno que tiñe de gris sus ramas y cuelga casi hasta alcanzar la estatura humana. Al observar la araucaria con detenimiento, me pareció que

esta forma de vida, simbolizaba lo que proviene de lejos pero que al encontrar un entorno propicio puede desarrollarse al grado de convertirse en emblema de lo local. En 1890 Porfirio Díaz recibiría un cargamento de araucarias enviadas por mar como regalo del embajador de Chile en México. Muchas de estas se observan imponentes en los centros de varias ciudades del país y en el Parque Juárez de Xalapa, inaugurado en 1892 en celebración de los 400 años del primer viaje de Colón.

Una de las familias más poderosas del estado, y famosa por su afinidad a la crianza de caballos, es dueña de este lugar: los Fernández Ávila. Quienes fundaron este rancho, finca o hacienda (he encontrado que la llaman de todas estas formas), sabían que el café sería aquel grano traído de lejos que se convertiría en símbolo de la región. La inquietud surgió espontánea: ¿Qué papel ha jugado y juega esta hacienda en la dinámica de la congregación?

1.3 El puente amarillo.

Pasando la primera gran curva del camino, antes de llegar a la casa-consultorio de la Dra. Rina Sire, la distancia que hay entre la calzada y el río se estrecha, por lo que el sonido del agua se hace más presente durante este gran trecho del camino. Es inevitable visualizar el color amarillo de un corto puente que comunica este lado con la casa que hay en el otro. Llama la atención lo poco discreto de su color, parecido a los puentes peatonales que sirven de cruce en la avenida Insurgentes o el periférico de la Ciudad de México. El recuerdo de este lugar me hace pensar que sólo alguien que no es propio de la zona puede haber elegido algo tan vistoso en un puente: ¿Cuántos pobladores provenientes de ciudades habitarán

Tapachapan?, ¿qué valor dará a lo vistoso y colorido el propietario de este lugar? Lo más seguro es que él no esté intentando escapar, como yo, de la contaminación visual que ofrecen los entornos urbanos, pero la interrogación sigue vigente: ¿Cuántos horizontes culturales distintos coexistirán a lo largo de esta calzada?

Entre los rasgos que más llamaron mi atención aquel lunes de caminata, se encontraba la diversidad de personas de muy distintas procedencias que en ese territorio convergen: trabajadores de fincas, pequeños empresarios, profesionistas con diseños de casas ecológicas, gente de campo en viviendas modestas. Al observar tanta diversidad, la primera pregunta en torno a mi trabajo se centró en la forma de desarrollar una iniciativa de manejo y/o restauración del entorno común en un territorio tan heterogéneo. Las preguntas surgían como si a cada paso se desprendiesen del ruido producido por mis pasos al golpear la piedra. De entre todas se fueron destilando algunas con más precisión: ¿A qué se debe que la población esté tan dispersa?, ¿cuáles fueron las razones históricas que determinaron eso?, ¿en qué medida la tenencia de la tierra en este lugar ha influenciado esta situación? Y, finalmente, ¿será posible emprender una iniciativa de acción ligada a su conservación en una población desarticulada?

Me fui ese día con una curiosidad inmensa por saber más sobre la configuración de este lugar, en mi mente resonaba una pregunta: ¿qué es lo que hace que un lugar sea así? El paisaje que observaba era para mí un verdadero texto sobre el que estaba intentando descifrar los significados por medio de unos sentidos, los míos, acostumbrados a relacionarse con un entorno en extremo distinto. La velocidad de la vida urbana, el salirse y meterse de los coches, el hacinamiento de los mercados y de los condominios, el anonimato

que mantienen las personas de ciudad, ahí cambiaban de sentido hasta lo opuesto: la lentitud y parsimonia del campo, el pastar y trotar de los caballos, la casi soledad a la que te habitúa el camino y el llamarse por nombre de las personas que en él se cruzan. Un mes después regresé al lugar con el afán de alimentar estas impresiones iniciales.

2. Un relato distinto del lugar

Aquella mañana de octubre había un sol fresco muy especial. Camino a Tapachapan no encontraba el rumbo más directo, el que había recorrido semanas antes. De pronto recordé que todas las veces que había llegado, lo hacía por caminos distintos, hasta alcanzar la calzada empedrada, inconfundible, que conduce a la hacienda “El Trianón”. Este rancho ha representado uno de los principales sitios que impulsaron la explotación del café en el lugar. Con un capital proveniente de otras actividades, el primer propietario, Félix N. López modernizó sus explotaciones a finales del siglo XIX e inicios del XX, propiciando la instalación de trabajadores provenientes de otras regiones (Hoffman, 1989). A partir de entonces, esta población inmigrante, construyó sus “jacales” (viviendas) de modo que, junto con los arrendatarios presentes son el comienzo de la población y del cambio del paisaje en la congregación.

El rancho tiene una gran casa, a la que se llama “La Hacienda”, con una placa que indica el año 1901. Es considerada por los habitantes más bien un rancho, apreciación quizás justa si se contrasta con la superficie de tierra y la fuerza de trabajo empleada por las haciendas más conocidas dentro del municipio de Coatepec, como Tuzamapan, La Orduña y Zimpizahua. “El Trianón” fue fundada por Félix Sánchez Fernández, abuelo de Justo

Félix Fernández, quien en los años 50 se convertiría en el exportador más importante de café de altura del país (Mavil-Aguilera *et. al.*, 2008). Pero años antes de que esta hermosa hacienda tuviera tal importancia, en Tapachapan no había viviendas, sólo ranchos. Véase lo que cuenta R. Sánchez A., hermano de Fernando, antiguo propietario de *La Mascota*, una localidad de Tapachapan: “En 1882 [...] no había casas permanentes ni población radicada, pues el auge de ese lugar vino cuando las antiguas siembras de maíz y acahuals fueron sustituidas por cafetales y naranjales; hacia el año 1890 se construyeron unas cuarenta casas a lo largo del antiguo camino, y como don Félix N. López en El Trianón, mi hermano Fernando en La Mascota y los hermanos Rebolledo se radicaron en sus ranchos, la Congregación modelo de trabajo y orden, creció en habitantes.. .” (Hoffman, 1989: 49).

Con el crecimiento de la empresa cafetalera del Trianón, cada vez se contrataba a un mayor número de personas para el corte en sus fincas. Gente venida de otras partes de Veracruz empezaron a buscar vivienda en Coatepec o en la misma congregación. Este fue el caso de la familia de Don Severiano, quien conoció el lugar desde niño cuando acompañaba a su papá al trabajo en los ranchos de naranjas. En ese entonces, ya había fincas de café en ciernes, hecho que determinaría posteriormente la llegada de un buen número de trabajadores a la zona.

Con el advenimiento de la Revolución y la violencia presente en los caminos, varios rancheros dejaron de vivir en sus propiedades, contratando a personas para cuidar y manejar sus fincas mientras ellos radicaban en las ciudades. De esta forma, fueron concediendo pedazos de su propiedad a los cuidadores que posteriormente adquirirían el nombre de “rancheros” por el uso que hacían cotidianamente de aquellas tierras.

Comenta Sánchez (1948: 26) al respecto: “Este auge y provecho terminó en 1911 cuando, a consecuencia de la anarquía revolucionaria, tanto don Félix López como mi hermano, los Rebolledo y todas las demás familias allí radicadas tuvieron que abandonar sus ranchos que sólo visitaban en lo sucesivo de vez en cuando, pues la región se convirtió en madriguera de malhechores, que se llamaban revolucionarios”.

Las fincas de café y naranja eran los cultivos dominantes de la zona. La dinámica económica y social fue atrayendo trabajadores, quienes empezaban a asentarse y a constituir una fuerza de trabajo creciente en el lugar. Justo Félix Fernández, por ejemplo, contrataba personas de muy diversos poblados para las épocas de cosecha del grano, parte de las cuales terminaban quedándose en Tapachapan.

Paralelamente al café, la citricultura era la otra gran actividad agrícola, de las más importantes para la familia Bonilla. Sergio Bonilla, el nieto que actualmente maneja uno de los predios heredados bajo el cultivo orgánico de la zarzamora, vio cambiar de cultivos y de prácticas de mejoramiento tecnológico, pero a la llegada de la crisis del café, encontró una salida productiva: un rancho de zarzamora y frutales combinado con la crianza intensiva de conejos.

Pero mucho antes que Sergio hubiera logrado establecer con éxito sus cultivos, Don Remigio Ronzón, otro coatepecano, mantenía una extensión considerable de finca con ayuda de otras actividades productivas, como la construcción de beneficios de café, que le permitían aferrarse al cultivo del grano y al paisaje cafetalero que siempre ha apreciado.

Y así es el trayecto, nunca lineal, por la calzada y fuera de ella, donde las pausas y paradas permiten cruzarse con la historia de otras familias, con sus propias formas de

valorar el espacio ocupado en Tapachapan. Por ejemplo, una de las bardas más altas y largas, cercada por alambres de púas, pertenece a la familia Carrión. Antes de que fraccionara sus terrenos para dividir su propiedad entre los hijos, el prof. Luis Justo Carrión, creó la empresa de “Viveros Mexicanos”, un verdadero emporio en el ámbito de los viveros de plantas ornamentales en México. Su hijo, el Ing. Eduardo Carrión cruzó el océano para ir a estudiar floricultura en la tierra de los tulipanes: Holanda. Y después volvió para hacerse cargo de los viveros en Coatepec, entre muchas otras actividades ligadas a la docencia y propagación de plantas de valor económico. La empresa continúa, hoy en día, con cierta producción de plantas en otros predios del municipio, para después exportarse al D.F. donde se terminan de preparar con diseños florales lujosos en Polanco. De los predios cercanos a la calzada en Tapachapan no quedan más que las bardas. Los Carrión se encuentran entre los pioneros del viverismo, y el hijo mantiene su profesión, ahora más ligada con las actividades de tinte ambientalista dentro del Ayuntamiento coatepecano. ¿Quién imaginaría que gracias a esta vocación surgida en Tapachapan, un rincón de Coatepec al que me aproximé en este trabajo, guarda ese espíritu de ciudad de orquídeas, helechos y palmas?

3. Entrar al borde

Entrar a este lugar es entrar a un borde de la ciudad, al borde de un municipio, al borde de la mirada biológica, un lugar fronterizo. Se trata de una “congregación”, nombre con que se designaba a un territorio rural ubicado fuera de las haciendas, donde se “congregaba” la población (indígena generalmente) para concentrar fácilmente la fuerza de trabajo necesaria

para las haciendas (Marchal y Palma, 1985). Durante la Colonia una congregación constituía el primer nivel de la organización social del territorio y presentaba una marcada predominancia étnica. En el caso de Tapachapan, si bien existen en la actualidad habitantes dedicados a emplearse temporalmente en época de corte de café (en la hacienda “El Trianón”, una de las mayores en la región), la población actual fija tiene un origen que dista mucho del significado que se ha dado al término congregación.

No son raros ni mucho menos desconocidos, en toda la región, las zonas y los procesos de ruptura que ha vivido el centro de Veracruz. Marchal y Palma¹⁶ hacen hablar a los mapas de la región, mostrando aquellas grietas, líneas ambiguas y trazos geográficos como el rostro de un territorio cuyos gestos son las huellas de su historia. Desafortunadamente, apenas aparece Tapachapan como un pequeño punto registrado dentro de un mapa en la categoría de congregaciones. Con la llegada del café a la región Xalapa-Coatepec, a finales del siglo XIX, esta misma figura territorial se conservó. Sin embargo, el paisaje casi exclusivamente cafetalero cambió en las últimas tres décadas y junto con él, el abanico de procedencias de sus pobladores.

Las condiciones socioeconómicas de su población son lo bastante heterogéneas como para empalmarse con las del entorno. Gran parte de los propietarios no radica en el área de la congregación. Aquellos que la habitan cuentan con condiciones culturales, sociales, económicas y religiosas muy diversas, lo que le confiere a la zona una gran complejidad. Estas condiciones se ven reflejadas en el tipo y tamaño de las propiedades, la desigualdad socioeconómica, el poder político de algunos de sus habitantes, el lugar de

16 *op.cit.*

procedencia, el tipo de acceso a la infraestructura y los servicios básicos (educación, salud, transporte, vivienda, abastecimiento de agua, energía, combustible, disposición de residuos, medios de comunicación y bienes de la vivienda), así como la diversidad y combinación de actividades a las que se dedica la población local, tanto en las parcelas como en la ciudad. Tales condiciones pueden verse, en su mayoría como desventajas, pero también guardan cierto potencial ventajoso, pues la diversidad también es un caldo de cultivo para la pluralidad, el intercambio y el movimiento. Hay que admitir que se trata de condiciones desafiantes, y especialmente cuando hablamos de movimiento en el sentido de cambios de residencia -nunca antes los predios habían tenido tantos dueños distintos en tan poco tiempo-, fenómeno que no contribuye a construir vínculos entre los habitantes. En fin, la heterogeneidad es evidente desde la llegada por primera vez al lugar, existiendo en él distintos grupos de habitantes que pueden ser reunidos por criterios como su procedencia, el tipo de propiedad de la tierra y las actividades productivas. Sin embargo, estos rasgos, sólo sirven de guía para profundizar en lo que realmente llama la atención: la diversidad de formas que tienen los lugareños de apropiarse de su espacio. De lo anterior deriva una pregunta fundamental: ¿Qué valores sobre el lugar tienen en común los habitantes?, ¿qué comparten?

Lo que he descrito no sólo son impresiones, aunque mucho de su naturaleza es ésta, puesto que entran por los sentidos y se fijan por un tiempo, se nutren de lo que otros hablan (rostros, libros, textos) pero no persisten ni se graban fielmente como surgieron. Palpar paso a paso un lugar, a la velocidad del cuerpo en una caminata, y repetir varias veces este proceso, permite conocer la continuidad de su paisaje y reducir la apreciación fragmentada

a la que tendemos para entender todo lo que nos rodea, para sobrevivir a la marejada de percepciones, muchas contradictorias, que no estamos preparados a captar.

¿Dónde empieza y acaba Tapachapan? Le pregunté a Don Seves, como le dicen al agente municipal, llevando en mi cabeza el mapa que me había hecho falta guardar en la mochila para mostrárselo. En un plano, las líneas son difusas y hasta contradictorias, pero él me contestó con amplia seguridad que la congregación “va hacia el sur hasta el río Gavilanes, y al norte se extiende hasta la terracería de 5 de mayo”. Obviamente, hice un gesto de innegable comprensión cuando, en realidad, buscaba hallar en el plano de mi cabeza dónde estaría mi posición actual con el punto “Sara” dentro del mapa, y creo que lo encontré pues estábamos muy cerca del río: Nos hallábamos casi en uno de los límites de Tapachapan, es decir, en el borde de otro borde.

4. Las voces en papel que hablan del lugar y no-lugar

El vínculo entre la diversidad natural y la cultural, es una correlación muchas veces encontrada en diversas regiones del mundo, aunque con dificultad pueda explicarse en términos meramente causales. Sin embargo, puede intuirse que la presencia de una heterogeneidad ambiental permite también la presencia de diversas formas de transformar y transformarse en el ambiente (diversidad de culturas). Observando algunos rincones del bosque de niebla, uno puede llegar a esta misma deducción. Las trepadoras se enredan en las ramas como las distintas historias y miradas se entrecruzan en una misma región. El enredo es una forma de riqueza en la precariedad, escuché decir una vez. Al caminar tantas veces por la calzada hacia el Puente Zaragoza, que conduce a la cascada, la sensación que

deja la saturación de las plantas y diversidad de formas, me estaba dando pistas de la multiplicidad de historias de vida que recorren este camino a diario. El mosaico que forman los relatos de varios habitantes¹⁷, configura un caleidoscopio como el salpicado por distintos verdes del dosel en las pendientes elevadas del paisaje. Pero lo abigarrado y caótico, como bien entendieron en la época barroca, puede ser un atributo de una obra artística, como también de un lugar. Y creo que es posible encontrar atributos a un entorno que nos pareciera, en un momento dado, disperso, discontinuo, diverso, tal vez por el sólo hecho de serlo.

Para Escobar (2005), la reafirmación del lugar en dónde viven, sigue teniendo una importancia innegable para la vida de la mayoría de las personas. Ya no es posible plantearse acciones alternativas sin considerar el apego peculiar al territorio, concebido como una entidad multidimensional. El lugar es una experiencia de identidad construida a partir de algún grado de enraizamiento y conexión con la vida diaria, sin negar que esta identidad también esté moldeada por el cruce de fronteras y de espacios desterritorializados.

Los lugares son espacios donde se asientan universos familiares o extranjeros, destinos, sueños, utopías. El lugar no es un simple escenario, es también un sujeto, un personaje y un contexto. Entre los lugares inevitables, están los “no lugares” que Marc Augé (1995) define como espacios caracterizados por el anonimato: Si un lugar puede definirse como identitario, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse como identitario, ni como relacional, ni como histórico se definirá como un “no-lugar”. Para el autor “la sobremodernidad es productora de no lugares, es decir, de espacios que no son en

17 Se presentarán en el siguiente capítulo.

sí lugares antropológicos y que, contrariamente a la modernidad baudeleriana, no integran los lugares antiguos: éstos, catalogados, clasificados y promovidos a la categoría de 'lugares de memoria' (*ibidem*: 83).

Evidentemente un no lugar existe igual que un lugar: no existe nunca bajo una forma pura; los lugares se recomponen, las relaciones se reconstituyen; las "astucias milenarias" de la invención de lo cotidiano y de las "artes del hacer" de las que Michel de Certeau, citado por Augé, ha propuesto análisis tan sutiles, pueden abrirse un camino y desplegar sus estrategias. "El lugar y el no lugar son más bien polaridades falsas: el primero no queda nunca completamente borrado y el segundo no se cumple nunca totalmente" (*ibidem*:84).

Quisiera en este punto contrastar las ideas aparentemente opuestas pero a su vez, conciliadoras de Escobar y Augé. Para el primero es esencial la defensa y recuperación de la idea de "lugar", mientras para el segundo no lo es tanto como la renovación de la fascinación y riqueza de un "no lugar". En un punto de la experiencia que describe éste último del aeropuerto como ejemplo de un no-lugar, confiesa cierta fascinación por estos espacios al percibir "el encanto de todos los lugares de la casualidad y del encuentro en dónde se puede experimentar furtivamente la posibilidad sostenida de la aventura, el sentimiento de que no queda más que "ver venir" [...]" (*ibidem*:11).

¿No es esto una forma creativa de buscar la reafirmación de un lugar, de apropiarse de su encanto por ser éste un espacio con todos los síntomas de un "no lugar" ? Me parece que se pone de manifiesto la capacidad adaptativa y creadora para inventar nuevas formas de identidad, valoración y (¿por qué no?) reapropiación, para después comunicarlas,

dialogarlas, hasta en aquellos ambientes lo menos propicios.

También Augé afirma la importancia de los relatos de un lugar, puesto que se conforman de la noble necesidad de “hacer” (transformar el espacio en lugar) y de “ver” (transformar el lugar en espacio) y consagran lo que Certeau (1996) llama “el privilegio del recorrido sobre el estado”. Es decir que, mientras Tapachapan mantenga un paisaje manejado, compartido, comunicado y vivo; siempre habrá oportunidad de narrarlo, el acto fundamental para valorarlo y decidir sobre su camino.

Capítulo 3. LA COMUNIDAD

3.1 Por la sinuosa memoria de una comunidad

En 1628, con la esperanza de incorporar la región ancestral del Monferrato a su ducado, Carlos Manuel I se alió con tropas españolas, bloqueando así a Carlos de Mantua y Nevers (que peleaba la conquista de estas tierras por vía de una herencia a la que tenía supuestamente derecho su esposa) en la villa de Casal y conquistando al fin esta región. Pero este conflicto con Francia apenas iniciaría aquí, puesto que en 1631, un año después de la liberación de Casal, se firma el tratado que dejaría una parte del Monferrato al ducado de Saboya y otra a Francia. ¿Cómo fue que me interesó esta historia? Las intrigas implicadas y suscitadas durante el asedio a la ciudad de Casal contadas a través de los huecos de memoria y conocimiento que dejan los personajes de Umberto Eco en *La isla de un día antes*, son las responsables. Roberto di Pozzo, un joven montferratense que naufraga en una isla y se pone a escribir lo vivido en este asedio, es la brújula del relato, timoneado por otro narrador que encuentra los manuscritos del aquél. Ninguno de los dos, ni el joven náufrago, ni el que encuentra años después sus manuscritos, conocen exactamente la historia del asedio de Casal, simplemente tienen fragmentos confusos, pedazos, el primero de su memoria y el segundo de la interpretación de la memoria del primero. Sin embargo, es posible que tengamos una idea de la Italia que se está fraguando en ese momento gracias a esta narración que nos habla del territorio en ebullición donde se confrontan los grandes poderes de la tierra, y donde están presentes españoles, italianos y franceses desplegando muy amargos juegos políticos. Y esto pasó dos siglos después de que, en el mismo suelo, la casa de los Saboya inventara la deliciosas galletas alargadas como dedos de dama, suaves y

ligeras llamadas *savoirdi* para embelesar al rey de Francia y también mi paladar, en vista de que habré de saborear un *tiramisú*, postre frío resultado del encuentro entre horizontes e intereses distintos que se prepara con dichas galletas.

¿Pero qué tiene que ver esto con una comunidad? El hecho de que está hecha, entre otras cosas y en el sentido que aquí le otorgo, por un entramado de historias que se han contado a lo largo del tiempo, modificándose según el sentido y hasta el antojo de los narradores por cuyas bocas han pasado. Historias que no encuentran su razón de ser en el apego a una verdad absoluta, sino en el hecho de haber sido contadas sin encubrir deseos ni necesidades particulares; cuyo valor está en el sentido y la forma justa que haga deleitable nuestro paladar, abierto a la comprensión de una realidad multidimensional (en el caso del *tiramisú* es innegable). Hay otra pregunta esencial: ¿Cuál es la labor del que busca construir la memoria de un grupo de habitantes en cierto lugar? Moldear fragmentos y rellenar con el ingenio, la intuición y la imaginación, puesto que las materias primas son siempre parciales y fragmentarias (Geertz, 2003), asumiendo que el relato colectivo de un lugar compartido es un acto de construcción e invención.

Como bióloga que intenta propiciar el sentido de identidad de un grupo para la conciencia de su entorno, mi labor es conformar la visión compartida de un lugar y de su gente con un enfoque narrativo que dé sentido a las vivencias y visiones múltiples. Para ello debo situarme en su memoria, desde una visión panorámica y al mismo tiempo inmersa en esta realidad aparentemente caótica y fragmentaria, valiéndome de recursos diversos: la bibliografía o fuentes impresas, el conocimiento de viva voz, y la información que, en el vacío de las anteriores genera mi intuición en la interpretación. Estos son los materiales

primarios de comprensión que necesitan ser puestos a interactuar para lograr construir una visión pertinente, pero no sin antes advertir que la eficacia de esta visión-interpretación, dependerá ya no de la certeza que contenga o del apego a cierta verdad imaginada, sino de su potencial de asombro y de la capacidad de despertar curiosidad y belleza. Ésta es quizá una de las aspiraciones más difíciles de asumir, y que simultáneamente implica que en la eficacia de una interpretación de la realidad humana, por modesta que sea, la concesión a la verdad es un asunto, si no secundario, ciertamente problemático.

En este capítulo hablaré de Tapachapan como un lugar donde habita una gran diversidad de horizontes culturales, de memorias fragmentarias y de visiones del entorno. Esta comunidad se forma del entretreído de estas historias, del teatro de las experiencias que se instala en su interior.

Dicho teatro gira en torno a un elemento común que se entromete formando caminos y dejando rastros indelebles, envolviendo con su perfume todos los intersticios entre las experiencias tan diversas de los moradores: el café. Como se menciona en el capítulo anterior, el cultivo del café vino a fabricar una cultura que, situada en un rincón de Coatepec como lo es Tapachapan, dio como resultado un mosaico heterogéneo de experiencias de vida.

1.2 Café y peleas de box: las pasiones de Remigio Ronzón

Ese día se había levantado sintiéndose mal, con un dolor especialmente intenso en el cuello, cosa natural en un hombre de 92 años, pero molesta para aquel conocido boxeador que afanosamente ha cuidado su salud durante toda la vida. En ocasiones, cuando hace mal

tiempo o su cuerpo no se encuentra en la mejor disposición, sus familiares lo persuaden de no visitar la finca, generando un conflicto entre sus deseos más vitales por aquellos paseos y lo razonable que parece reservar fuerzas para realizarlos después. Ante tal incompreensión él mismo arguye: “qué hago aquí, mejor me voy a leer y a descansar allá”. Ir a la finca se ha convertido durante su vida en un hábito igual de importante que la fruta y los “blanquillos” (huevos cocidos) en el desayuno. Es el aire fresco de todos los días.

Así es como Don Remigio Ronzón, conocido por sus cercanos como Remi, me cuenta ese día cómo él vive Tapachapan casi a diario. Después de levantarse temprano, desayunar y realizar sus rutinas de ejercicio matutino, su sobrino lo recoge para llevarlo a la finca. Cuando era joven también tendría este mismo hábito acompañado de la completa responsabilidad de mantener y hacer producir su propiedad, las temporadas críticas como la cosecha y la época de lluvias, los cambios en los precios, las necesidades del beneficio de café, porque su familia llegó a tener uno, pero lo cerraron por las dificultades de mantenerlo: “El café es una planta noble”, me asegura más de una vez, pero “su comercialización no lo es”.

Don Remi fue parte de muchas instituciones locales y realizó diversas labores públicas en su vida. Fue presidente de la Cruz Roja, inició la construcción de su salón social, promovió el boxeo y construyó el gimnasio que lleva su nombre; aficionado a la charrería, levantó un lienzo y fue presidente de la Liga de Béisbol, amén de haber donado varios terrenos para obras sociales y haber construido el Mirador del Cerro de las Culebras en Coatepec.

Pero en la biografía de Don Remi se mezclan dos pasiones principales: el boxeo y el

café. Nacido en el seno de un familia coatepecana, alrededor de la cafecultura, siempre se interesó en la actividad física, por ser de esas actividades que obligan a mantener una constancia, una dedicación y, digamos, cierto tipo de obstinación acerca de los límites de uno mismo. Desde muy joven descubrió que podía dedicarse con esfuerzo y perseverancia al deporte. Se convirtió en una enciclopedia humana de estas dos fascinaciones vitales, las cuales vivió no sin amplios sacrificios.

Practicar box implicaba bañarse con agua fría y mantener su rutina de ejercicios, permitiéndole gozar de cabal salud y conducir, todavía a sus 90 años, su camioneta de doble tracción que no le fallaba. Mantener una finca de café ameritaba, quizá, mayor fuerza y capacidad de resistencia ante las dificultades. Primero aquellas derivadas de los caprichos del clima, del suelo y de las plagas, después aquellas concernientes al mercado y comercialización del café, donde ha habido crisis severas y donde ha resultado más rentable, para muchos productores, cambiar de cultivo o de uso de suelo de su terreno¹⁸. Pero Don Remi sabe que el café es una planta que permite un vínculo especial con el bosque de niebla, sus árboles y sus ríos. Él ama, respeta y protege a la tierra como elemento generador de vida.

Su otra profesión, la construcción, fue su principal sustento económico. Junto con sus hermanos mayores, que se dedicaron principalmente a la ingeniería y la construcción, crearon una empresa constructora familiar. Ninguno de ellos se dedicó directamente a la actividad agrícola como él. Desde joven se interesó por adquirir un pedazo de tierra para

¹⁸ La conversión de cafetales en cañales o en otros usos del suelo como la construcción de fraccionamientos, ha sido un fenómeno preocupante durante las crisis de la cafecultura en Veracruz. Esta transformación del uso del suelo, debido muchas veces al bajo precio del grano y a las diversas plagas (roya y broca), disminuye la masa boscosa de niebla, ya que el cafetal de sombra es un agroecosistema muy parecido al bosque, con todos los beneficios que éste puede proporcionar (Manson *et. al.*, 2008)

trabajarlo y tenerlo como una inversión permanente y a largo plazo, es decir, por mucho que pudiera variar el mercado y el valor de un producto, la tierra siempre sería una reserva y un patrimonio a futuro, a su modo de ver. Por esta razón adquirió 32 hectáreas que van de la desviación a la finca “El Trianón” hasta el puente Zaragoza.

Don Remi, nunca estuvo fascinado con el negocio de la construcción para hacer dinero, le interesó el trabajo con la tierra, la producción del café que “tiene muchos cuidados, no es un cultivo fácil”. No se interesó nunca por tener utilidades a corto plazo y arruinar la estabilidad del cafetal con variedades de planta no duraderas: “El arábigo es mucho mejor, ése siempre va a durar, a diferencia de las nuevas variedades que el gobierno quería instalar, porque se dan más rápido después de la siembra, pero no aguantan mucho tiempo”.

También fue un padre comprometido con el futuro de sus hijos y buscó siempre asegurar su estabilidad económica. Todos sus hijos estudiaron una carrera universitaria o magisterial. Curiosamente, el primero de ellos, eligió una carrera diferente a la que constituía su pasión, que también era el boxeo, por la inconformidad del propio Remigio a que éste siguiera sus mismos pasos. Finalmente, la manera en que Don Remigio Ronzón habita este lugar también tiene mucho del cuidado y cariño de una relación filial.

1.3 La fundación de una familia. El relato de Ambrosio Alarcón

Alguien que llegó a la congregación para transformar el territorio en el hogar de toda su familia, como una de sus principales voluntades fue don Ambrosio Alarcón. A diferencia de don Remi, para quien Tapachapan era un refugio cotidiano y una pasión ligada al

cafetal, para Ambrosio, el territorio debía permitir cubrir todas las necesidades de su familia, desde techo y alimento, hasta educación y práctica religiosa.

Originario de Tlacolulan, Veracruz, en 1981 se estableció en la parcela frente a la finca abandonada (de la familia Carrión) conocida como “Rancho Tapachapan”. ¿Cómo fue que conoció este lugar? El café de nuevo está presente. La temporada de corte de café en Coatepec y sus alrededores empleaba una gran cantidad de jornaleros para cubrir las exigencias productivas de la región. El rancho El Triánón era uno de los sitios que contrataba a mayor número de personas, muchas de ellas venidas de regiones distantes de Veracruz y Puebla. Ambrosio conoció la zona al emplearse en los ranchos (como cortador de café) más de una vez y descubrir que ahí podría hacerse de una fracción de tierra para su familia. Primero compró un terreno de 27 de ancho por 102 metros de fondo que pudo pagar poco a poco. Mientras tanto, sus hijos trabajaban en el corte. Muy poco después de haberse asentado, empezó a conocer a más personas de Coatepec, gente que confiaba en él como administrador y en 1982 fue agente municipal de la congregación. En un inicio se dedicaba al trabajo de campo y así se mantenía. Sus hijos ayudaban en esta actividad y se iban empleando a su vez en ranchos, pero al ir creciendo pudieron comprarse unos molinos de masa y, a partir de entonces, se dedicaron a la distribución de masa para tortillerías, con lo que pudieron hacerse posteriormente de vehículos. Él tiene actualmente una tienda de abarrotes al lado de su casa y sus hijos ya no se dedican al campo, salvo uno de ellos que ocasionalmente se emplea en las temporadas de corte. Sin embargo, son los nietos quienes siguen habitando esta tierra y no parecen tener intenciones de irse. Allí habita toda la familia y, aunque el tamaño de ella se ha triplicado usando casi la misma extensión de

tierra, nunca cambiaría ese terreno “ni aunque le dieran un millón de pesos lo vendería”, me dijo.

Habitar en este pedazo de bosque de niebla le permite recoger significados que, por sus creencias y valores, pueden darle un sentido más importante a lo que vive: “A veces llueve mucho, y una vez de tanto llover, era tanto que llovían cántaros durante dos horas, se destruyó una finca. La Biblia nos habla de que pueden pasar cosas que nunca se han visto porque Dios está detrás de ellas”. Para Don Ambrosio es muy importante su fe religiosa, la que comparte con los suyos. El templo evangélico que se construyó en la congregación empezó siendo un cuarto pequeñito con algunas sillas y mesas, donde también se daban las primeras clases a los niños que ya estaban en edad de ir a la primaria. Mientras la escuela fue construyéndose del otro lado de la calzada, el templo recibía cada vez a mayor número de gente, hasta requerir una ampliación, proceso en el que se encontraba a finales de 2013. “Están agrandando el templo porque ya no cabemos” me decía con el orgullo del que ve crecer a su familia, en donde todos sus hijos ya son abuelos. Sin saber leer ni escribir pero dotado de una gran memoria para los pasajes bíblicos, supo inculcar la religión a sus hijos, y a veces fue más allá, “evangelizaba hasta a los licenciados” me confesó riéndose cierta vez.

La gestión para construir la escuela primaria fue más complicada que la del templo. Ambrosio decidió hacer un breve censo de la población infantil de la localidad, que en aquel entonces consistía de 26 niños, para elaborar una solicitud. Para este tipo de trámites y oficios se valía de un buen amigo abogado de Xalapa, quien en más de una ocasión lo apoyó en la gestión de distintos recursos gubernamentales. Hábil para hacerse ayudar por

gente útil, Ambrosio logró conseguir una maestra de la SEP que diera clases en el pequeño salón antes de existir la escuela. No fue fácil, se encontró en su camino con varias trabas. Al principio, la gente de la SEP que prometió ayudarlo no lo hizo con la disposición esperada y tuvo que acudir a varias instancias, entre ellas el CONAFE. Llegó el momento en que se combinó a su favor el interés de una maestra carente de plaza, y la disposición de dos propietarios exitosos capaces de apoyar el proyecto: Justo Carrión y Manolo Fernández. El primero, siendo dueño de la empresa “Viveros Mexicanos”, contaba con tanta superficie para la propagación de plantas, que accedió con muy buena disposición a donar el pedazo de tierra donde la nueva escuela tendría lugar. El segundo, financió la construcción del primer salón de clases y, posteriormente, al ser elegido como presidente municipal, consiguió el financiamiento faltante para terminar de construir y equipar la escuela. Dicho espacio educativo finalmente fue resultado de la colaboración entre varios habitantes, muchos también figuran en participaciones menores, pero igualmente valiosas.

De esta forma el originario de Tlacolulan logra lo necesario para dotar de la escuela primaria a la congregación. Una escuela que quizá hubiera sido construida mucho tiempo después por las instancias municipales, de no ser por esta combinación de impulsores locales.

La llegada de la electricidad también fue una demanda que realizó el señor Alarcón. Ayudado por Ariel Quinteros, un político de la Ciudad de México que tenía lazos de amistad con el gobernador Dante Delgado, consiguió que instalaran postes de luz hasta un poco más adelante de las viviendas de la familia. Tiempo después, durante el periodo en que su hijo Raymundo fue agente municipal, el servicio de agua potable llegó también

hasta sus casas, aunque sin abarcar a la mayor parte de la población. En la trayectoria de su vida, tuvo que persuadir a diputados y presidentes municipales para varias obras consideradas necesarias para el lugar, sobretodo ligadas a mejoras del camino. A diferencia de varios vecinos, él quería que se pavimentara el primer tramo de la calzada, obra que nunca se realizó, entre otras razones, por el desacuerdo de otros. Muchas respuestas de políticos se quedaban en promesas a cambio de un favor electoral, otros llegaron a cumplir, como en el caso de la extensión de las banquetas y su guarnición.

Por todos los sucesos anteriores, Ambrosio se percibe como un hombre realizado puesto que ha conseguido satisfacer las necesidades básicas de su familia y dejar un beneficio para algunos otros también: “cuando yo llegué no había nada”, me comentó.

1.4 Quien trabaja la tierra es quien mejor la conoce: el testimonio¹⁹ de José Cruz

Fuentes

De sombrero y machete, trepado en un árbol para recoger las berengenas tiernas o tomates de árbol, es como conocí por primera vez a Don Cruz. Hombre fuerte, curtido en las fincas de café, ha vivido más de 70 años en Coatepec y trabajado siempre en Tapachapan. Su padre poseyó terrenos de la congregación, en la parte más alejada, hacia la Barranca Ramírez, y desde que era niño conoce muy bien los caminos y lomas de Tapachapan, pues acompañaba a su padre a trabajar y lo ayudaba en las faenas del campo.

Conoce a todas las generaciones de grandes propietarios de Tapachapan desde la

¹⁹ La noción de “testimonio” que deja Miguel Barnet en Biografía de un cimarrón, se caracteriza por desplazar al autor del centro y conceder a quien protagonizó la historia la voz principal. Sin embargo, la mediación del autor está siempre presente y es ineludible. Los testimonios no expresan nunca verdades absolutas, sino relativas (Jehenson, 1990). A pesar de las diferencias en el uso de los términos “testimonio”, “historia” y relato, para los fines de de este trabajo serán usados indistintamente.

Revolución: Laureano Martínez, los Bonilla, los Gómez, los Cervantes, y los López, que antecedieron a todos los dueños actuales. Cuando era niño le tocó presenciar una que otro enfrentamiento entre las guardias blancas, formadas por grupos armados de terratenientes y fuerzas militares contra campesinos agraristas.

Incluso, podría decirse que él conoce mejor los terrenos que sus mismos propietarios, porque ha trabajado en muchos ranchos y fincas al paso del tiempo y cambios de dueño. Desafortunadamente, al morir su padre les heredó deudas, y los terrenos que éste poseía pasaron a manos de otros, sin poder dedicarse al trabajo de su propia tierra.

Siendo consuegro de Ambrosio Alarcón ha trabajado en sus predios así como en la finca de Ariel Quinteros en los últimos años. En particular este propietario, abogado de la Ciudad de México, aunque a la distancia, ha sabido conservar bien su cafetal gracias a los encargados de su finca, aunque del cultivo “no conoce casi nada”, según me cuenta Don Cruz.

La percepción que don Cruz tiene de los cambios que acontecidos en Tapachapan, no es muy positiva. Antes había mejores relaciones y más comunicación entre los propietarios del lugar porque tenían al café como gran interés común y, con esta motivación, intercambiaban estrategias y consejos de manejo para el cultivo, especialmente en tiempos críticos donde era frecuente su abandono. Eran grandes propietarios y la tierra no se había fraccionado tanto como ahora, que es posible constatar la venta de fincas menores a una hectárea.

También eran propietarios que se guardaban una relación más estrecha y directa con la producción en sus terrenos, no como ocurre actualmente, puesto que para asegurarse de

una buena producción se inclinan hacia el mayor uso de agroquímicos, lo que demuestra su desconocimiento del cultivo. Sobre esta práctica, me comentó don Cruz que no ve el sentido de usar fertilizantes “si los chalahuites producen mucho samago²⁰ que es vida para la planta?”, refiriéndose a la fruta que tira el jinicul y que al descomponerse abona a la tierra.

Cruz Fuentes es un admirable observador de las fincas y el bosque pues ha pasado la mayor parte de su vida en ellas. Hasta sus casi 80 años ha realizado el camino del centro de Coatepec a la localidad de Cuitlatipa (en Tapachapan) de ida y vuelta, con jornadas de varias horas de trabajo que varían de acuerdo a la época y la demanda particular de tareas. Difícilmente deja que las lesiones del oficio o su muy reciente diabetes le impidan ir al trabajo. Recuerdo una vez que se lastimó una pierna al caerse de un árbol y estuvo en cama unos cuantos días. Apenas pasó el tiempo prescrito de reposo cuando ya lo habían visto de regreso en la finca de Don Ariel.

Entre las opiniones que me compartió con cierta preocupación sobre los cambios que ha visto en el entorno, están las vinculadas al agua. “El río Gavilanes no lleva tanta agua como antes”, me platicó, así como el cambio abrupto que se percibe en el clima y las lluvias, si uno lo compara con años atrás, pues “se ha calentado mucho el tiempo y no llueve tanto. Antes se inundaban ciertas partes del río y los manantiales y arroyos no se secaban así”.

Pero para él lo más importante es que no se pierda el café. La intervención del gobierno casi siempre ha sido para empeorar la situación: el Inmecafé²¹ introdujo

²⁰ Especie de madera blanda que se desintegra rápidamente en el suelo. También se le dice a la hojarasca.

²¹ Instituto Mexicano del Café, organismo que inició en 1958 y desapareció a causa de las reformas neoliberales en 1989.

variedades y programas de apoyo inútiles. A diferencia de lo que se esperaba, nunca pudo asegurar un buen precio para los productores y la gente empezó a abandonar las fincas, o a dedicarse a otro tipo de cultivos. Para Don Cruz, lo importante es poder seguir cuidando las fincas, que el café se dé bien y que el gobierno no estropee más las cosas.

1.5 La vocación por compartir con el ejemplo. Sergio Bonilla

La vez en que fui a hablar con Sergio Bonilla no fue un día cualquiera. En aquella jornada en especial había cobrado conciencia del valor del ejercicio, como parte de mi indagación, de recolección de historias de asentamiento en Tapachapan. Averigüé también el por qué de mi propio sueño por hacerme de un pedazo de tierra en un lugar como aquel, años antes. Para mí, la posesión de un pedazo de tierra cercano a una ciudad e inserto en el bosque representaba la posibilidad de emprender una vida con un pie en la autosuficiencia y congruencia ambiental, y el otro en los beneficios urbanos (educación, recreación, trabajo, entre otros). Don Sergio ha podido emprender un modo de vida similar a éste.

El rancho de Sergio pertenecía a su abuelo y fue por mucho tiempo una finca de café. Después llegaron a probar otro tipo de cultivos como el del chayote y poco a poco la finca se transformó en una finca de todo menos de café. Desde niño tenía una relación con esta tierra coatepecana, hecho que se reflejó en su interés por la agronomía. En sus estudios de agrónomo encontró que el cultivo de zarzamora podía ser más rentable que el del café en la zona. Como buen agrónomo, cuando algo es útil para mejorar los cultivos y la producción, el ánimo por difundirlo e intentar persuadir a otros de ponerlo en marcha es inevitable. Pronto se dio cuenta de que si él mismo no lo ponía en marcha, entonces de nada valía este

conocimiento, así es que transformó la finca en cultivos de zarzamora orgánica, frutales y una granja de conejos. El sistema que ideó y puso en práctica se logra mantener por sí solo. Es un modelo productivo que le permite tener una fuente de ingresos complementaria, pero ésta no es la razón más importante para mantenerla desde hace años. El principal impulso es el gozo por producir para él, para su familia, amigos y conocidos, diversos productos de calidad que endulcen la vida al consumirlos y al elaborarlos, no convertirse en una empresa competitiva de la cual dependa completamente su economía familiar.

Sergio Bonilla, siendo profesor de bachillerato tiene muy claro que éste trabajo de productor de zarzamora, frutas, conejos y vinos frutales, es un pasatiempo, y no porque lo haga como aficionado (tratándose él de un experto), sino porque lo hace por “amor al arte”, como diríase. “El campo ya no da para vivir”, pero él puede dedicarse a éste con entusiasmo desde lo que puede y le gusta hacer. “Si esto lo viese solo como negocio, ya hubiera quebrado, es más bien una satisfacción”.

Visita su finca prácticamente diario y con él trabajan permanentemente dos personas que conocen plenamente las necesidades de la finca. Además, una parte del espacio de ella lo ha donado para ser el vivero forestal de Pronatura Veracruz, organización que produce sus plantas de restauración del bosque en este mismo lugar.

Con los años, él también ha visto cambiar y crecer a la población de Tapachapan: “Mucha gente está vendiendo sus terrenos, y algunas personas nuevas llegan a llenar de cemento”, me comenta con cierto tono decepcionado, y con justa razón porque los vecinos que mejor conoce del lugar son personas de más de 60 años que sí se dedicaban al campo, a diferencia de las nuevas generaciones que ya no se interesan por él. Por otro lado, con el

tiempo se ha ido rompiendo la interrelación y la comunicación entre las distintas generaciones que se enfrentan a diversos intereses y ocupaciones. Sin embargo, la distancia entre vecinos no impide que, por ejemplo “un vecino alemán que hable español, me salude siempre que pasa”.

En cuanto a las relaciones vecinales en Tapachapan, Don Sergio considera que si existe un conocimiento del otro, dentro de lo posible, esto permite generar lazos de comunicación y por lo tanto, ayudarse. Cada habitante puede tener valores distintos, pero algo en común debe propiciar el intercambio, el conocimiento y la ayuda.

Es válido pensar que su actividad sea una forma de contribuir con la valoración del campo, y no cualquier tipo de campo sino aquel que cuida en lugar de dañar. Sin embargo, sabe que la comercialización y las lógicas equivocadas del mercado, hacen que su zarzamora orgánica no pueda competir, desde la perspectiva de un consumidor desinformado, con los productos vendidos en tiendas comerciales. “La gente es egoísta, piensa que es mejor un kg de zarzamora en tiendas como *Costco*, que pagarlo aquí a 50 pesos”.

Pero existe la posibilidad de imaginar que hay una repercusión en las personas al cultivar con métodos agroecológicos, por muy pequeña escala en la que se generen. Por ejemplo, dentro de la congregación es frecuente que algunos vecinos dedicados al campo le pidan consejos para sembrar tal variedad de frijol, o combatir cierta plaga. La gente puede aprender nuevas estrategias viendo las cosas, copiándolas, preguntando. Poco a poco se transmiten saberes cuando se comparten y él siempre aprovecha la oportunidad de hacerlo. De hecho, no está de acuerdo en que vender el conocimiento mediante cursos, talleres o

produciendo materiales costosos sea lo más eficaz, él piensa que la mejor forma de transmitirlo es poniendo el ejemplo, en la práctica.

Escuchar la experiencia y visión de Sergio me hace reflexionar sobre las concordancias que pueden existir entre personas con muy distintas experiencias de vida y temporalidades. Las perspectivas de alguien con una trayectoria en la agroecología puede ser muy útiles tanto para quien se dedica al campo como para quien no ha emprendido nada productivo en su vida y tiene la curiosidad de probar a qué sabe, como yo. Así, de todas las visiones que voy escuchando y reconstruyendo en este trabajo, en la distancias que hallo entre sus vidas, los puntos en común y los hallazgos, todo aporta insumos para reinventar mi propia historia de sueños y posibilidades.

1.6 Del sueño de un paraíso a la defensa de su tierra: las vivencias de Robert y Laura

Mientras Robert Shedden estudiaba letras en la Universidad de Edimburgo, no se imaginaba que décadas después defendería la tierra a su cuidado de las agresiones territoriales que la política nefasta del gobierno estatal y municipal promueve en Coatepec, especialmente cada periodo electoral.

La primera vez que oí hablar de él, me parecía haber escuchado de una figura mítica del lugar, pues quienes me hablaron de él, lo nombraron con mucho respeto como “el escocés que vive allá arriba”. Ya después, al conocerlo a través de Laura González, su esposa que es originaria de Catemaco, con quien habita desde hace más de 30 años en Tapachapan, entendí mucho acerca de esta apreciación: es identificado como uno de los extranjeros que han adquirido predios en la congregación, es decir, lo ven con cierta

distancia por esta razón y, también por su afición a trabajar en el área de su predio (ubicado en las partes altas del lugar) sin ser visto con frecuencia fuera de él.

La pareja ha formado un hogar en lo alto de una loma donde se divisa el cerro Acamalín y el Pico de Orizaba. Su casa está protegida por las colinas hacia el este y el oeste, y el panorama que desde allí puede contemplarse es privilegiado.

Después de haberse conocido en Escocia, Laura y Robert buscaban hacerse de un lugar propio para emprender una forma de vida más autónoma, alejada de la modernidad urbana y cercana al bienestar que da el cuidado de la naturaleza. Su primer intento no fue en México, pero fue aquí dónde encontraron la mejor combinación de elementos para hacer posible este plan de vida.

La primera vez que visitaron el terreno donde habitan, presintieron que tenía una potencialidad especial. No solamente por ser de una gran extensión (más de 18 ha de finca de café), ni por contener zonas de bosque prístino y otras en recuperación, ni por sus arroyos, manantiales y bellísimos miradores, fue quizá también, como me lo sugirió su propio relato, el hecho de intuir el vínculo con una tierra que manifestaba su necesidad por ser disfrutada y protegida a la vez. Su ubicación la hacía ideal por estar cerca de los lugares de trabajo, especialmente para Laura quien trabajaba de maestra en Xalapa.

Ellos no fueron la única familia que se estaba formando con una visión de autosuficiencia y cuidado del bosque en esta región. Poco a poco iban proliferando en Xalapa-Coatepec-Xico, otras familias y grupos de personas con una visión y práctica ecologista común. Tuvieron una relación muy cercana con la familia Aguirre Martínez (que fundaría la marca “Manantial de las Flores”), dedicados al cultivo y fabricación de

productos orgánicos cuyo rancho²² colinda al sur con los límites de la congregación. Sin embargo, por las características de Tapachapan y su terreno, así como las vías de acceso un tanto accidentadas, Laura y Robert llegarían a formar una familia alejada del mundo urbano, resolviendo sus necesidades y problemas con mucho ingenio y paciencia. Tiempo después, encontraron a otros vecinos de Tapachapan con quienes compartían intereses y los hicieron sentirse menos aislados en esta opción de vida.

Cuando llegaron la “comunidad era muy chiquita”, casi no había habitantes. No fue fácil establecerse pues las condiciones iniciales del terreno eran difíciles. La mayor parte de la superficie era un inmenso potrero, pesmatal²³ y zarzal, los cuales tuvieron que transformar en finca y bosque en recuperación, sembrando cafetos, macadamias y otros árboles para reforestar. También, en sus comienzos, adquirieron algunas vacas y vendían leche, quesos, yogurth y hortalizas (para la Parroquia de Coatepec y la tienda de autoservicio *Chedraui*).

El proceso de restauración de las partes más dañadas de su terreno ha sido arduo y permanente, razón por la cual colaboraron con Pronatura Veracruz, la asociación civil mencionada anteriormente, para regenerar algunas zonas específicas dentro de su propiedad. De este proceso de restauración en la congregación abundaré en el siguiente capítulo.

Sin embargo, las dificultades más grandes para realizar esta vida en el bosque, contando sólo con sus propios medios, no tardaron en aparecer en forma de amenazante.

Cada sexenio, Coatepec y las otras ciudades o pueblos de alrededor se ven sacudidos por la

22 “Rancho Agroecológico Agua Escondida” entre Xico y Coatepec, Ver.

23 Extensión donde crece casi exclusivamente la especie de helecho invasor *Pesma sp.*, impidiendo el crecimiento de otras especies de plantas.

nefasta dinámica proselitista que los partidos políticos instauran tradicionalmente durante el periodo electoral. Como parte de las presiones de los grupos de choque en la región, se encuentran los que amenazan la propiedad de la tierra (movimientos de paracaidistas) al invadir ilegalmente terrenos o zonas, solapados en parte por alguna autoridad o grupo político, que les proporciona apoyo jurídico. “En varias ocasiones, la presidencia municipal y otras autoridades permitían este tipo de incursiones coordinadas entre agentes municipales y estos grupos”. Son grupos de personas organizadas que se instalan clandestinamente en parcelas o predios no propios y edifican viviendas simuladas para apropiarse de la tierra; en ocasiones el proceso de ocupación se hace con violencia. Acampan en los terrenos, utilizan lo que haya y “hacen un desastre en el lugar”. Para su desdicha, Laura y Robert han tenido que aprender a defenderse de estos “actos de cinismo” que históricamente habían ocurrido en su terreno, desde antes de ser dueños de él, y que saben podrían acaecer de nuevo con los periodos electorales a venir. Armados de valor para enfrentar a estos grupos, asesorados por abogados, y con la ayuda de la seguridad pública (que difícilmente llega a tiempo), acuden a revisar las zonas que han sido invadidas ante el menor indicio. Entre los vecinos que comparten esta dificultad se organizan para confrontarlos colectivamente.

La primera vez que los fui a visitar a su casa, les dieron un aviso de la presencia de invasores y se encontraban los dos de salida. Yo iba con Kitzia De Fuentes, otra vecina de Tapachapan y decidimos acompañarlos a la zona problemática. En el camino, nos contaron que este tipo de grupos de invasores hacen pequeñas incursiones de exploración antes de encontrar el mejor lugar dónde quedarse. Ahí donde lo hallan, empiezan a construirse

pequeñas viviendas con lo que tengan a la mano. En ocasiones responden con agresiones, otras veces no les queda más que irse. Antes de salir ese día, Laura, por precaución, dio aviso a la policía. Cuando llegamos las personas que intentaban invadir el terreno, ya se habían ido y la policía arribó minutos después. Seguramente supieron que los habían denunciado y se fueron. “Esto es lo que tenemos que aguantar cada vez que hay elecciones municipales, hay que ser aguerrido para detenerlos”, me dijo Robert. Ya de regreso, me enseñaron algunas de las laderas de acahual²⁴ en regeneración que antes había sido pastizal o pesmatal. También me mostraron con orgullo muchos árboles frutales que ellos mismos sembraron y que ahora dan buena sombra.

El terreno tiene muchos sitios a una altura mayor de la zonas aledañas, donde la mirada se pierde plácidamente entre las laderas de los cerros. No es sorprendente que los dos sean aficionados a los paseos con binoculares, y aprovechen la oportunidad de observar aves cuya ruta migratoria pasa por encima de su predio, por lo que disfrutan de ver desde aguilillas (*Buteo swainsoni*) hasta incontables paserinas de variados colores. Lamentablemente han sido testigos de la cacería furtiva de estas aves.

Durante estos años habitando en las lomas de Tapachapan, han visto cambios en la población de la zona. En principio, siendo una población muy reducida, no era difícil conocer a todos los propietarios. Con el tiempo, los dueños se han vuelto más “temporales” o “flotantes”, pues la dinámica de compra-venta de parcelas y terrenos se ha incrementado, “haciendo más difícil que los nuevos propietarios tengan un interés por cuidar”.

Laura y Robert perciben una diferencia entre los habitantes que han venido de lejos, con mayor formación y que no dependen en primera instancia de lo que produzcan sus

²⁴ Vegetación primaria en recuperación después de haber sido perturbada.

parcelas, con respecto a aquellos que sí dependen directamente de esta producción. Los primeros tienen más posibilidades de usar la tierra sin pesticidas, dejan crecer más el monte, transformar menos el bosque. Los segundos tienen la necesidad de usar prácticas más agresivas aunque, también han podido notar que existen formas distintas de hacer las cosas sin descartar que funcionen, como es el caso de la protección de los árboles cercanos a manantiales para no perderlos.

Algo que no me esperaba es el ejemplo que Laura me dio acerca de otro problema ambiental con un pie puesto en lo doméstico y el otro en el paisaje. Muchas de las viviendas cercanas a la calzada no cuentan con drenaje, ni fosa séptica, tampoco baños secos. Esto ha sido una gran necesidad para muchos habitantes, y cuando Laura fue agente municipal, hace 8 años, impulso la construcción de baños secos. No tuvo mucho éxito, ayudada por una A.C. llamada Hábitat que no fue constante, la gente perdió el interés al cabo de unos meses sin haber construido sus baños secos propios y sigue resolviendo, en la actualidad, sus necesidades sanitarias en la finca.

Alguna vez pensé, después de haber conocido a Laura y a Robert, que gente como ellos está en peligro de extinción. ¿Cuántas personas hay que, con una preocupación ambiental y ciertas condiciones favorables, decidan tomar un camino de aislamiento y riesgos al vivir en una loma boscosa? Para ellos estas dificultades han sido mucho menores comparadas al gozo de ver tantos árboles y animales alimentarse de los frutos sembrados. Y para mí, después de tomarme el cafecito cosechado en su finca, contemplando plácidamente el Pico de Orizaba (o Citlaltépetl) desde su ventanal, fue más fácil entenderlo.

2. ¿Hay una comunidad?

Establecer la naturaleza de un lugar, como hemos visto en el primer capítulo, siempre es una tarea difícil e inevitablemente parcial, y lo es, de modo particular, cuando, acercándonos a realidades rurales, pensamos, desde una perspectiva ingenua o idílica, que lo que vamos a encontrar, son grupos altamente unidos y solidarios que intentan reproducir una forma de convivencia desprovista de todos aquellos vicios que estamos acostumbrados a ver y padecer en la ciudad. Sin embargo la realidad, en no pocas ocasiones, se encarga de mezclar las cartas del sentido común y nos arroja escenarios que no estábamos preparados a observar con neutralidad. Éste es precisamente el caso de Tapachapan.

Salta a la vista, en ese sentido, un rasgo esencial en las historias que he venido relatando: la ausencia de una memoria común que proporcione referentes de unidad a los actuales residentes de la congregación. La revelación más significativa que nos aportan los relatos anteriores no se refiere tanto a su contenido sino a los términos en que están narrados. Lo que destaca con mayor evidencia no es su valor documental sino el carácter de historias personales, vividas individualmente. Esto parece evidente en el hecho de que no he encontrado en ninguna de éstas aquella que refleje un evento fundacional, un lugar representativo o de apropiación simbólica común de su territorio. Acudiendo otra vez a la antropología podría decirse que Tapachapan no ha sido en ningún momento, y menos ahora, una “comunidad moral” (Bauman, 2004), es decir un grupo fundado en tradiciones compartidas y heredadas, artífice de un tiempo y un espacio construidos colectivamente. Si se me permitiera aventurarme por un instante dentro de la incierta selva del lenguaje, diría que Tapachapan se parece mucho más a una “comunidad de residencia” (Canales y

Zlolniski, 2000), en donde, paradójicamente, rige un tipo de relación social muy parecida a aquella que podemos observar hoy en una ciudad cualquiera de nuestro país. Los intercambios de cortesía que se establecen a lo largo del camino principal, o en algún otro sitio de la congregación, son nada más que eso y no representan relaciones comunitarias más profundas. No es que quiera negar que estamos en el campo mexicano, y es obvio que la producción del café ha moldeado la historia social y ambiental del lugar a lo largo de muchas décadas; sin embargo ningún hecho o elemento de esta historia, ha producido en Tapachapan lo que podría definirse, antropológicamente hablando, una cultura local asumida y reproducida por un grupo.

Es con esta observación entonces que me dispongo a suspender por el momento estas reflexiones, con la intención de volverlas a retomar sólo después de haber presentado algunas visiones de comunidad que podrían ayudarme a arrojar luz acerca de la naturaleza social de Tapachapan.

2.1 Algunas nociones de comunidad que sirven de referencia

En primera instancia, me llama mucho la atención una intuición de Robert Nisbet (Villegas-Vélez, 2003), quien enfatiza, en su concepción de comunidad, la cohesión, la profundidad de los vínculos sociales y las ideas de continuidad y totalidad. Pareciera que todo individuo, categoría que incluye también a todos los científicos (pese a la aparente capacidad de éstos para distanciarse del sentido común), imagina a la comunidad casi como a un edén perdido en la negrura (o verdura) de una selva impenetrable cuya entrada es a menudo representada por una cascada que esconde un camino. Más allá de este arduo acceso se encuentra el

inmaculado y prístino espectáculo de una sociedad no emponzoñada por las escorias de la era industrial y el individualismo. Eso significa que quizás por hábito, estamos predispuestos a definir apriorísticamente, sobre la base del valor y de la historia de una palabra, realidades de las que sabemos poco y que, por consiguiente, corremos el riesgo de idealizar.

De la misma manera Arcoverde (1985), ha señalado que la noción de comunidad se ha utilizado para describir colectivos humanos caracterizados por estar asentados en un área geográfica delimitada, tener una población homogénea, carecer de una infraestructura importante, compartir intereses, tener prácticas colectivas y, finalmente, por su cohesión interna fundamentada en la solidaridad y la cooperación.

Es normal entonces que, cuando llegué por primera vez a Tapachapan, quise ver este maravilloso rincón del bosque de niebla veracruzano, como otro digno representante del aquel mítico paraíso terrenal que todos nosotros, por lo menos una vez, hemos imaginado encontrar en la vida. Detrás de las joviales caras de las personas que iba encontrando durante mis paseos por la congregación, veía yo repetirse la imagen del “buen salvaje” inspirado en los más altos valores del cuidado y del amor por su tierra. En mis momentos de plácida y calma contemplación del paisaje, me sentía un poco como Rousseau, cuando sentado arriba de una piedra percibía que su cuerpo se disolvía, como azúcar en el agua, en el plácido entorno que lo envolvía, hecho de arboles ancestrales y de ríos que murmuran.

En 1929 Sorokin y Zimmerman, en su obra *Principles of rural-urban sociology*, ya habían establecido algunas características que les permitían diferenciar a la sociedad rural

de la urbana, enfatizando la relación de ambas con el ambiente como el principal punto a tener en cuenta. Las características que estos autores nos plantean son básicamente tres: la primera de ellas tiene que ver con el territorio que ocupan los habitantes de una sociedad determinada; la segunda, diferencia las sociedades según el volumen y densidad de población y su distribución espacial; finalmente, encontramos características socioculturales, especialmente diferencias de mentalidad y de formas de interacción social. Me refiero a estos dos científicos, sobre todo porque en Tapachapan, como anticipé unas líneas arriba, el patrón que se observa en las relaciones entre los residentes, guarda cierto parecido con la manera urbana de realizar los vínculos interpersonales.

En la sociología contemporánea (Velázquez, 2003) de la “nueva ruralidad”, se ha planteado claramente la estrecha relación entre ciudad y campo. Una ciudad que a menudo, ha idealizado la vida campesina y sus puros e incontaminados escenarios (Giglia, 2000), y un campo que, en algunos lugares como Tapachapan, se ha tornado en una especie de pequeña ciudad en donde cada habitante desarrolla sus propios proyectos personales y privados, sin preocuparse casi por los del vecino. En el campo, muchos románticos ciudadanos, educados en las virtudes del respeto al ambiente y de un amor, tal vez no siempre bien comprendido, hacia la naturaleza, han pensado retirarse, teniendo sin embargo la cautela de disfrutar las “supuestas” ventajas de lo rural pero sin ninguna de sus desventajas.

Los dos elementos que he señalado, ambos hijos de la era moderna, es decir el imaginario mítico alrededor de la comunidad y la relativamente rápida “urbanización” del campo, han sido tratados de una manera muy exhaustiva y sugerente por otro sociólogo: Zigmunt Bauman. Este autor sostiene que en la práctica actual de comunidad, la idea de

etnicidad (y de homogeneidad étnica) como legítima base de unidad y reafirmación, ganó cierta validez. Naturalmente, el comunitarismo contemporáneo tiene la esperanza de capitalizar esa tradición; dada la tambaleante condición actual de la soberanía del estado y la evidente necesidad de que alguien levante el estandarte que aquél dejó caer, esa esperanza no carece de fundamento, aunque es indudable que hoy en día cada ideal comunitario, si se excluyen aquellos grupos que no han perdido aún ni su tradición ni su arraigo, se parece más a un sueño romántico que a una realidad factual o factible.

Richard Sennet, citado por el mismo Bauman (2004), piensa que “el 'nosotros' es hoy un acto de autoprotección. El deseo de pertenecer a una comunidad es defensivo [...] Por cierto, es casi una ley universal que el 'nosotros' puede usarse como defensa contra la confusión y el caos”²⁵. Porque parece evidente que sin un “nosotros” no puede haber comunidad, pero lo curioso de estos tiempos tan difíciles de descifrar (como también sus espacios, que es lo mismo) es que este “nosotros” no sirve tanto para reconocerse en un grupo y en él fraguar todas las historias personales de los individuos que lo componen; sino que emana del intento por evadir la embestida de un modo de vida, el moderno, caótico, abrumador y carente de una forma de vida sostenible.

Parece que en las últimas décadas, con el desarrollo apabullante del modo de vida atomizado, el fenómeno de la “comunidad” y su rescate se han vuelto ideas de creciente popularidad. “Vivir la comunidad” es ya una necesidad imperiosa que, sin embargo, no deja de ser una prueba más de su ausencia o carencia en su realización, especialmente si se piensa en la comunidad como la unidad armónica idílica a la que supuestamente deberíamos regresar. Bauman, por ejemplo, afirma al respecto de las comunidades:

²⁵ *op. cit.* p 190.

“En tanto necesitan ser defendidas para sobrevivir [...] todas las comunidades son una postulación, un proyecto y no una realidad, algo que viene después y no antes de la elección individual. La comunidad “tal como se la ve en las pinturas comunitarias” sería suficientemente tangible para ser invisible y soportar el silencio [...] Decir “es bueno ser parte de una comunidad” es un testimonio indirecto de que uno no es parte.” (Bauman, 2004:180).

Para el citado autor, la palabra “comunidad” nos identifica a todos con una especie de búsqueda de un asidero, de un puerto seguro. Las palabras tienen significados, pero algunas producen además una sensación: “comunidad” es una de ellas. Produce una buena sensación: sea cual sea el significado de comunidad, está bien 'tener una comunidad'. Asimismo Eric Hobsbawn, citado por Bauman (2004: 182), señala cáusticamente que:

“La palabra comunidad nunca se usó de manera tan indiscriminada y vacua como durante las décadas en las que fue muy difícil encontrar en la vida real verdaderas comunidades, en el sentido sociológico. [...] Hombres y mujeres buscan grupos a los cuales pertenecer con seguridad y para siempre, en un mundo en el que todo lo demás se mueve y se desplaza, donde ninguna otra cosa es segura”.

Estas reflexiones me producen la sensación de haberme liberado, de alguna manera, del *topos* obligado de la comunidad con el que había yo llegado a Tapachapan, y, al mismo tiempo, me han hecho comprender, de un modo más acabado y pertinente, que mucho de lo que pensamos cuando nos encontramos en ciertos lugares y en ciertos momentos de nuestra

vida, no tiene nada que ver con la “realidad” de las cosas o con la supuesta esencia pura que muchas veces, sin reflexionar atribuimos a nuestros conceptos (sería tal vez mejor llamarlos pre-conceptos). Pensamientos como el de que el campo donde sí rigen relaciones desiguales, están no obstante, atenuadas por un casi mecánico instinto de solidaridad y sencillez, y luego el descubrimiento de que, pese a que encontramos a menudo en él las cualidades anteriores, no hay casi ejercicio alguno de vida comunitaria. Lo que en cambio sí observé es que existe una fuerte compenetración histórica de los pobladores con su propio ambiente de vida y trabajo. Maneras de vivir que han generado conductas repetitivas que tienen ya sabor de cultura. Pero esa cultura, en Tapachapan, me parece ser más personal que colectiva, más vinculada a las circunstancias de la vida individual o, cuando mucho, familiar, que a la compleja estructura (por lo demás inconsciente) de una comunidad con un peso considerable de memoria común .

2.2 Del carácter de las historias narradas y su implicación en la comunidad.

En relación con las historias narradas por los pobladores y tomando en cuenta lo anterior, formulo entonces dos importantes consideraciones. Primera: los eventos significativos encontrados por cada uno de los actores se fundamentan en logros individuales y, por lo tanto, los acontecimientos más representativos que relatan, y que les permiten establecer una pertenencia clara con el territorio en el que habitan, son individuales, nunca colectivos. De esa manera, como ya lo he dicho, se observa un curioso e inesperado parecido al tipo de simbolización del arraigo que se establece en un medio urbano, a pesar de que nos encontramos en uno rural. Todas las historias se asumen casi como epopeyas en donde cada

uno de los protagonistas ha tenido que contender con adversidades para ganarse el usufructo de la tierra. Mi propia historia personal se habría podido ajustar a este patrón, con mucha seguridad, de haberme convertido en propietaria, puesto que, al no haber vínculos ya contruidos de antaño con los demás, los alcances de mis acciones tomarían una dirección individual muy parecida a la del entorno citadino del que provengo.

Segunda, en cada historia o relato existen componentes que buscan compensar o satisfacer una inconformidad vital, es decir, elementos en donde los actores del lugar reconocen la importancia de sus acciones tanto para consigo mismos como para con los demás a partir de visiones diversas de lo que se ha hecho o hace falta realizar en Tapachapan. En el caso de Sergio Bonilla, convertirse en un agricultor y no sólo un agrónomo, significó poner un ejemplo a los que sólo estudian y poco hacen. Por su parte, en el caso de Ambrosio Alarcón encontramos que al ser proveedor de los bienes sociales como la educación y la enseñanza religiosa en el poblado, cubrió una necesidad no sólo individual y familiar, sino también de otras personas fuera de este núcleo.

Estas historias no carecen evidentemente de aquel elemento ejemplar y un tanto moralista con el que termina toda buena fábula. En esta, gracias a la intercesión de un personaje excepcional (el héroe precisamente), se logra resolver la complicada trama de las vicisitudes y tropiezos por los que tienen que pasar los protagonistas para reivindicar su pertenencia al lugar. Ésta, más o menos, es la manera en que los actuales habitantes de Tapachapan han ensayado su modo de apropiarse e identificarse (simbólicamente) con su lugar. En este punto encuentro un sustrato fértil donde podría crecer una identidad colectiva, puesto que a partir de dicho reconocimiento de las acciones del ámbito

individual, es posible concebir repercusiones positivas en el ámbito colectivo, que hicieran emerger sentidos compartidos de transformación de Tapachapan.

2.3 ¿Tapachapan como “no comunidad”?

Lo antes expuesto hace surgir en mí una inquietud esencial: ¿hay posibilidades de establecer vínculos, aunque sean éstos de cierta fragilidad, pero que en su esencia permitan llevar a cabo un intercambio valioso entre las personas que comparten un lugar?, ¿acaso estamos condenados a ser aquellos seres funcionales pero desalmados que pensaba entrever Durkheim a principios del siglo pasado?, ¿somos aquellos hombres grises, cabalgados por quimeras, que el voyeur Baudelaire veía desfilar sobre los también grises paseos de Paris, bajo la capa de un cielo no menos gris que sus terrestres epígonos?

Hemos visto que Tapachapan, aun siendo un rincón del campo mexicano, ha sido la meta de sueños individuales más que el escenario de un regreso a lo colectivo. En él no hay símbolos compartidos por todos y hasta los sitios menores que lo conforman en ningún momento han alcanzado la dignidad de emblemas públicos representativos. El bosque es, hoy en día, más una evidencia incontrovertible, objeto, eso sí, de una moderada explotación, pero no es aquel espacio en el que tanto humanos como no humanos, en un sentido ecológico pleno, colaboran para edificar un lugar. Es evidente que cuando hablo de lugar, no me refiero a una simple palabra, sino a todo aquello que hace de un espacio y de un tiempo algo significativo. Por eso mismo me pregunto si la concepción de Marc Augé de los no-lugares (1998), la cual ya he utilizado en el capítulo anterior, pueda ser trasladada,

en un plano puramente interpretativo, a la comunidad. ¿Es razonable que, en Tapachapan, se pueda hablar de la vigencia de una no-comunidad?, ¿la ausencia de símbolos compartidos, es razón suficiente para afirmar que la congregación carece por completo de todas aquellas características que hacen de un territorio un espacio vivido colectivamente? En el sentido general que Augé otorga al no-lugar, la falta de “densidad simbólica”, como dirían los antropólogos, asociada a una forma particular y común de vida, sería ya indicio de la presencia de una no-comunidad. Sin embargo, como el mismo autor admite en uno de sus libros más cautivantes (y del que lamentablemente aún no hay traducción al castellano), *La vie en double. Ethnologie, voyage, écriture* (2011), cuando hablamos de no-lugares y, por correspondencia, de no-comunidades, siempre lo hacemos a partir de una perspectiva particular la cual, en este caso, coincide con aquella del intérprete, estudioso y escritor. Y eso porque vemos por doquier, como bien apunta Bauman, un rápido envilecimiento de las relaciones sociales basadas en el reconocimiento y la mutua solidaridad. Cada uno de nosotros vive, de hecho, en universos vastos pero privados; cada uno de nosotros es el creador supremo de los símbolos que configuran a este universo y que permiten reconocerlo. Así que, cuando nos acercamos desde afuera a ciertos lugares hacia los que tenemos un sentimiento de extrañamiento, es fácil reconocer en ellos un espacio despojado de lo imprescindible para el género humano, esencialmente social.

Con la mirada de quien ve este lozano rincón del paisaje rural mexicano desde afuera, puedo afirmar, con cierto grado de seguridad, que en él casi no hay rastros de comunidad, pues la escasa densidad habitacional, las pocas faenas comunes, la ausencia de un repertorio cultural compartido, la distinta procedencia social de los residentes, el hecho

de que muchos viven fuera de la congregación y, por último, la evidencia de que Tapachapan es más bien un lugar de trabajo para algunos y de sueños edénicos realizados para otros, me inclinan hacia esta interpretación.

No obstante creo, como persona que también ha podido experimentar una visión “desde adentro” del lugar, que existen elementos para pensar que pueda establecerse un vínculo estrecho no sólo entre los individuos y familias de habitantes usufructuarios del bosque, sino entre éste y un conjunto humano que sepa hacer de él un lugar para alimentar sentimientos comunes de pertenencia y, al mismo tiempo, lo proteja, protegiéndose a sí mismo (en un futuro del que no podemos fijar fecha).

Finalmente quiero terminar este párrafo evitando que el concepto que he usado de no-comunidad sea interpretado como una ausencia total de comunidad. Naturalmente cuando hablo de no-comunidad, no me refiero a una carencia total y completa de relaciones sociales, sino a un ejercicio escaso de ellas, limitado al trato cordial entre vecinos y, en algunos casos, a breves colaboraciones para el mejoramiento del acceso a la congregación. En este sentido Tapachapan es un lugar aún joven y que, por su misma juventud, mantiene la esperanza de convertirse en un modelo de residencia y de convivencia para la sociedad futura.

3. Relación entre no-comunidad y patrimonio.

Con la intención de preparar la entrada al siguiente capítulo, el de la conservación, es útil abrir un breve paréntesis acerca de la relación entre no-comunidad y patrimonio, pues una idea que me ha rodeado el cerebro en estos últimos meses de trabajo de campo, ha sido

aquella que establece que no se puede hablar de una comunidad sin una noción de patrimonio. Es más, el hecho de que en Tapachapan no exista una idea, ni siquiera indirecta, de patrimonio común por parte de los que ahí residen, me convence aun más acerca de mi idea de no-comunidad. No hay, por ejemplo, huella consciente de patrimonio histórico en la congregación. Los “lugares de la memoria”, como por ejemplo la hacienda de El Trianón que hospeda una pequeña casa-museo, están administrados y conservados por la iniciativa privada de los dueños actuales, y promocionados a través de la difusión turística impulsada por el Municipio de Coatepec, ahora pueblo mágico.

El patrimonio cultural está representado por el paisaje mismo, el cual delata una historia que, sin embargo, no remite a un acervo común de recuerdos y memorias, ni mucho menos a un conjunto de creencias y conductas compartidas.

En el caso del patrimonio ecológico, que es el que más me interesa, ha sido reconocido especialmente por instituciones y organizaciones no gubernamentales, en particular Conafor y Pronatura Veracruz A.C., las cuales colaboran separadamente con algunos residentes en iniciativas de conservación poco socializadas.

En suma, en Tapachapan cada quien tiene sus intereses particulares y la presencia de una comunidad que sepa reconocerse como tal y que ejerza su vida social en el contexto de un patrimonio social y ambiental, consiste más bien en una utopía posible que pertenece solamente a los deseos de quienes como yo quisieran ver en el mundo una esperanza real de cambio.

CAPÍTULO 4. PERSPECTIVAS DE CONSERVACIÓN DEL LUGAR

De la ética de la conquista a la ética de la conservación

Cuando Colón llega a América no se imaginaría que la historia de este continente en el siglo XVI sería la historia del descubrimiento, la conquista y el pillaje más grande vivido en el planeta. “De 1500 hacia atrás, los hombres se mueven en pequeños solares, están en un corral, navegan en lagos. De 1500 hacia adelante surgen continentes, mares y océanos. Es como el paso del tercero al cuarto día, en el primer capítulo del Génesis.” (Arciniegas, 2000: 11).

Al tiempo en que la exploración y la invención del nuevo mundo estaba en manos de las cortes europeas oportunistas y un puñado de aventureros, el mundo era inmenso y la sensación de un espacio de extensión infinita no era descabellada. Nadie se preguntaba más que por sus riquezas aún vírgenes y los medios para tomar posesión de ellas a través del control de un mar como el Caribe. En esos tiempos el mundo se había expandido y era inagotable, no había horizontes claros para pensar en su finitud, era oportuno llegar hasta sus confines para conocerlo y extraer de él sus más profundos secretos y tesoros. La ética que imperaba en aquellos tiempos era entonces la de la conquista, y sería una ética que prevalecería por más de cinco siglos, con sus debidas adaptaciones a las transformaciones económicas del mundo. Éste es tan sólo un buen ejemplo de la percepción de la extensión del mundo en otra etapa histórica de la civilización que, comparada a la de nuestros días, podría decirse que es opuesta:

“La fase histórica actual es la que se está encargando de que la especie humana haya empezado a percibirse, ya no como la posibilidad de superación del orden natural, sino

como parte inevitable de él [...] Sin embargo, la consciencia del límite de la que he hablado, se juega en el escenario de la historia y de los conflictos entre diferentes prácticas de entenderla y realizarla” (Panico, 2014)

¿Qué tendría que ocurrir a nivel planetario para que la ética de la civilización moderna, que no consideraba la finitud del mundo y sus recursos, cambiara? Y hago énfasis en esta escala global, porque es claro que desde antes de nuestra era ya habían surgido éticas de cuidado y conservación en contextos locales y en sociedades cuya historia atravesó precariedad y crisis ambientales. La necesidad de conservar los recursos del medio natural ha sido una constante a lo largo de la historia, aunque el esfuerzo global por proteger la naturaleza es un fenómeno significativamente reciente que se desprende de una visión mundial del límite del espacio y, por lo tanto, del límite de la explotación de la naturaleza. Dicho límite no podría separarse de una concepción distinta del tiempo, dimensión igualmente transformada ahora en una repentina y desmedida cortedad. Una de las ideas de Francesco Panico (2014) a propósito de las cualidades del tiempo que se vive dentro de la cultura, es que el de la modernidad se ha alejado tanto de la evolución y ritmos biológicos que se ha contraído excepcionalmente, haciéndonos vivir un tiempo dado fundamentalmente por la inmediatez del aquí y el ahora; y eso, no porque seamos capaces de sostener nuestra presencia y atención en el presente, sino más bien porque estamos cada vez más desvinculados de otras dimensiones de la vida y temporalidades que no se dan en lo inmediato, como el tiempo de las relaciones personales o, de los ciclos de reproducción y renovación de la naturaleza (si uno piensa en el tiempo en que se recupera un bosque talado por ejemplo) o el tiempo que implica aprender a “no echar a perder un pedazo de tierra”. En

fin, este tiempo ultra acelerado nos lleva a desarrollar una muy distinta práctica del espacio, y así podemos decir que la forma de vivir el tiempo conlleva una ética.

En la primera mitad del siglo XX, encontramos un ejemplo del cambio de ética en los términos que he venido afirmando con Aldo Leopold, influyente pensador que reflexiona acerca de las razones profundas detrás de una actitud de conservación del medio natural. “Vivir en un pedazo de tierra sin echarlo a perder” es, según este autor, de las tareas más antiguas de la humanidad (Leopold, 1989). Pero la humanidad globalizada del siglo XVI no vería esa restricción (o el límite donde empieza a “echarse a perder”) sino hasta el siglo XX. Simplemente, no era posible verlo, mientras hoy en día no puede dejar de abrumarnos; de hecho: “la civilización dominante nunca antes había tenido que enfrentarse a una frontera infranqueable que consistiera en la imposibilidad de ir más allá del mundo” (Panico, *op. cit.*). Se ha llegado a un punto donde la ética ambiental es la ética de nuestra época, de tal forma que puede considerarse como una episteme ambiental²⁶.

Cabe señalar que mi intención en este capítulo no es hacer un repaso de las distintas éticas ambientales surgidas dentro de diferentes racionalidades culturales. Como Leff (2004) remarca, considero que, para empezar, la ética ambiental no es una consciencia ni un saber que unifique a la especie humana, por lo que buscar heurísticamente entre la diversidad de éticas para lanzar a aquella como la mejor y más completa sería infructuoso. Sin embargo, vale la pena, resaltar, en este espacio, aquellas con las que he estado en

26 La episteme marca la continuidad y la ruptura de una época y constituye el origen y la superación de cada acción y pensamiento que se dan dentro de ella. En este sentido ella crea las condiciones estructurales a través de las cuales los grupos y los individuos piensan y actúan, pero también los fenómenos que servirán para su superación definitiva (Panico, 2014).

estrecho contacto por mi experiencia profesional como bióloga de la conservación, para apreciarlas con una mirada crítica.

Si bien Leopold no inauguró la ética ambiental (pues se trata de un compendio de ideas y filosofías, algunas tan antiguas como las primeras civilizaciones), sí contribuyó a su institución, tanto en las esferas intelectual y académica, como en la política y la sociedad. Una de sus aportaciones más famosas, más allá de las polémicas irrelevantes suscitadas entre supuestas corrientes de ecologismos utilitaristas versus ecocentristas, es la concepción de su propuesta bajo la idea de comunidad como la asociación entre, no sólo un conjunto de personas, sino uno de seres humanos y no humanos. Esta noción, en su sentido más general, podría parecer bastante evidente y trivial: la especie humana es una más de las que comparten la Tierra, no la elegida; forma parte integrante de los ecosistemas y de la biosfera; y la salud y bienestar razonable de los seres humanos, y hasta su supervivencia como especie, dependen del buen estado del medio ambiente, tanto local como global. Finalmente, su contundencia radica en la imposibilidad de escapar, como miembros de esta comunidad, a la responsabilidad de su permanencia en los que concebimos ahora espacio y tiempo limitados, comprimidos y agotables.

Conservación: discursos, visiones, mitos.

De acuerdo a las reflexiones de Kareiva y Marvier (2012), los postulados éticos, de la ciencia de la conservación no han cambiado demasiado, después de 60 años de las ideas de Leopold. Uno de los planteamientos centrales es el pleno reconocimiento de que las dinámicas ecológicas no pueden estar separadas de las humanas. Es decir, la búsqueda de

estrategias para preservar la biodiversidad va de la mano a la del bienestar humano, una postura que ha ido evolucionando desde los primeros planteamientos tradicionales de la biología de la conservación donde la población humana se definía por jugar dos tipos de roles: el primero es el de la gran mayoría que representa una amenaza para la biodiversidad, mientras el segundo es el de la minoría -especialmente biólogos- que juegan a ser los protectores o salvadores de ésta.

Es interesante conocer la procedencia de las concepciones y métodos de las ciencias ligadas a la conservación. Se trata de un campo abrumadoramente multidisciplinario, que intenta abordar y dar solución a problemas de sistemas complejos (tanto por el número de elementos involucrados como por la naturaleza de sus interacciones) cuyo orígenes mismos ya presentan múltiples dificultades.

En sus fundamentos se idealiza la comunión entre las disciplinas científicas, que se encargan de identificar, describir y tratar de predecir los fenómenos biológicos y físicos (a las escalas de organismos, interacciones y ambientes), las disciplinas prácticas, que se ocupan de llevar a cabo el manejo de organismos, poblaciones y ambientes con diferentes fines predeterminados. Por su parte, las sociales se encargan de recibir, analizar y transmitir la información (tanto proveniente de las comunidades humanas como recibida por éstas) y finalmente, las humanidades influyen en la forma en que debieran de tomarse las decisiones sobre investigaciones y aplicaciones (ética), así como sobre la legislación, procurando la conservación y manejo sustentable de los recursos. Las propuestas o estrategias de conservación biológica que carezcan de la participación de alguna de las disciplinas mencionadas difícilmente podrían tener éxito; por lo tanto, se requiere que cada una de

éstas desarrolle su contribución propia y, además, tenga un alto grado de interacción con las otras disciplinas, lo cual hace al proceso un tanto complejo.

Aunque los postulados operativos de la ciencia de la conservación han tenido que ajustarse durante los más de 25 años de su aplicación, la ética es básicamente la misma. Uno de los postulados más débiles y, por lo tanto, desechados al paso del tiempo, ha sido la idea de una naturaleza prístina y libre de la acción humana. Otra premisa que tuvo que ser matizada dentro de la conservación, fue la que concibió Soulé (1985), uno de los fundadores de la biología de la conservación, donde la protección a la biodiversidad se sostenía en primer lugar porque todas las especies tienen un valor inherente, intrínseco a su existencia. Sin negar lo anterior, en la actualidad es imposible minimizar el argumento de que la naturaleza amerita conservarse por razones mucho más prácticas ligadas a lo que los ecosistemas proveen a las poblaciones humanas.

Una de las afirmaciones más importantes que se han logrado, al menos en el discurso conservacionista, es que la creación de áreas protegidas por medio del desplazamiento y la exclusión de comunidades humanas, bajo la aspiración de tener áreas libres de impactos antropogénicos, es ya considerado un acto de injusticia social y, a menudo, repudiado por la comunidad científica. A pesar de lo anterior, las áreas protegidas continúan siendo una apuesta importante en la conservación, si bien muchos científicos consideran que los esfuerzos futuros deben ir mayormente encaminados, sobre territorios manejados e influenciados por actividades humanas puesto que representan la gran masa de superficie terrestre capaz de sostenernos (Kareiva y Marvier, 2012).

Hoy en día existen en el mundo 105,000 áreas naturales protegidas en 220 países, con una extensión equivalente al 11.5% de la superficie terrestre (World Database on Protected Areas Consortium, 2005). Para Toledo (2012) este inmenso sistema global de reservas creado en su mayoría bajo criterios puramente biológicos (distribución de la riqueza de especies, número de endemismos y número de especies amenazadas), es una estrategia de conservación que evidencia una premisa falaz: concentrar el interés de protección en puntos o “islas”, mientras que el mayor interés debería estar en todos aquellos “mares” que las rodean:

“[...] la visión predominante de la conservación de la biodiversidad plantea como objetivo central y único la creación de reservas, parques y otras áreas naturales protegidas, conforma una visión limitada, estrecha y, en el largo plazo, inoperante. Ello se debe a que este enfoque (biologista) reduce la problemática de la preservación de la variedad de la vida al mero aislamiento de porciones de naturaleza (e incluso de solamente conjuntos de especies) supuestamente prístina o intocada, sin considerar los condicionantes sociales, económicos, culturales y políticos que se relacionan con esos fragmentos aislados, y sin tomar en cuenta las diferentes escalas en que tal diversidad se expresa en el espacio.”(Toledo, 2012:68).

Sin embargo, desde el punto de vista de muchos otros conservacionistas a favor de la creación de áreas protegidas como primera trinchera, la estrategia se justifica por la imposibilidad de conservar toda la extensión terrestre que se debería, puesto que los esfuerzos y recursos humanos no alcanzan, por lo que, ante las limitaciones y la situación crítica en la que se encuentra la biodiversidad, sólo es posible concentrar las capacidades de protección en aquellas zonas de mayor prioridad. Este argumento también cuenta con un sólido respaldo científico que lo legitiman como el hecho de que algunas especies

altamente amenazadas, ahora sólo sobreviven en vida libre²⁷ dentro de estos “parches protegidos”, sin los cuales habrían desaparecido de la faz del planeta. Sin abordar este debate a profundidad pues se saldría del propósito de este capítulo, busco ilustrar cómo dentro del mismo campo de conocimiento, existen diferencias grandes en los planteamientos y perspectivas futuras. Lo importante es lograr un reconocimiento y valoración de lo que aportan cada uno de ellas por más divergentes que sean.

Por otro lado, Toledo aboga por una nueva visión de la conservación, no erradicando las áreas de conservación, sino integrando éstas como parte de las regiones, dentro de las cuales se interrelacionan zonas bajo uso humano y zonas de vegetación original, concibiendo al paisaje como una unidad con una serie de elementos diversos (físicos, económicos, culturales, políticos). Bajo esta perspectiva, la conservación también debería velar por los otros elementos paisajísticos como las áreas agrícolas, de ganadería, de caza y extracción, de manejo forestal y demás hábitat con distinto grado de regeneración ecológica. Se trataría entonces de una suerte de “ecología de la reconciliación” (Rosenzweig, 2003) donde la salvaguarda de la biodiversidad es imposible sin el mantenimiento de toda la variedad del paisaje y sin la conexión entre conservación y restauración. Sólo de esta forma sería posible mantener “un metabolismo perdurable entre los procesos naturales y los sociales” (Toledo, 2012).

La dimensión social siempre ha sido considerada en el discurso académico conservacionista pero falsamente incorporada en los análisis y eventuales acciones de

27 Como es el caso del quetzal (*Pharomachrus mocinno*) que actualmente sólo se encuentra en México en la Reserva de la Biosfera El Triunfo, Chis. y en otras áreas y corredores biológicos protegidos de Centroamérica. Esta afirmación matiza la crítica que equipara a las áreas protegidas (conservación *in situ*) con los zoológicos (conservación *ex situ*), ya que la primera es mucho más difícil e importante, pues sucede al nivel de ecosistema, no solo de especie.

conservación, hecho que puede notarse si uno es minucioso con algunas expresiones y detalles de dicho discurso. Sólo para resaltarlo, en uno de los artículos de Soulé (1986), se afirma:

“Finally, we cannot ignore people. For example, the implementation of “biosphere reserves” as sites for the harmonious coexistence for humans and nature (UNESCO-UNEP, 1984) depends on both a good grasp of the local biology and on the enthusiastic support of the indig-enous peoples. In fact, the survival of many natural biological com-munities is going to require the creative cooperation of biologists, social scientists, and politicians, especially in the tropics. It won't be long before many conservation biologists are spending more time at community meetings than in the field or laboratory.”²⁸

Es decir, los dueños de la tierra (más aún si éstos son indígenas), tienen que considerarse en las acciones de conservación para que éstas sean viables. Pero la forma en la que está expresado lo anterior, denota que la aceptación de este hecho es una resignación *a posteriori* del impulso de conservación. Además, si en un punto se habla de la interacción entre distintos saberes y formaciones, ya al final del párrafo se advierte que son los biólogos quienes deberán encargarse de cubrir todos los rubros de conocimiento, incluso aquellos del diálogo con las personas. En el discurso, la ciencia de la conservación es multidisciplinaria, pero en la práctica, los encargados de realizar el diseño de las áreas protegidas y los programas de conservación, como apuntaba también Toledo, generalmente

28 “Finalmente, no podemos ignorar a la gente. Por ejemplo, la implementación de reservas de la biosfera como sitios de coexistencia armoniosa entre humanos y naturaleza, depende tanto del amplio dominio de la biología local y como del apoyo entusiasta de los pueblos indígenas. De hecho, la supervivencia de muchas comunidades biológicas naturales va a requerir la cooperación creativa de los biólogos, científicos sociales y políticos, especialmente en los trópicos. No falta mucho antes de que los biólogos de la conservación gasten más tiempo en reuniones comunitarias que en el campo o el laboratorio” (traducción mía).

proviene de una formación en biología o afín a las ciencias biológicas, sin incluir, muchas de las veces, a profesionales de otras disciplinas.

Por supuesto que se necesitan biólogos interdisciplinarios²⁹ y transdisciplinarios³⁰, que puedan integrar las distintas perspectivas de una problemática, pero no se trata de conducir la investigación con grupos de trabajo dominados por biólogos “todólogos”, porque la capacidad para nutrir el diálogo de distintos saberes se ve reducida a un muy epidérmico y meramente operativo intercambio de conceptos y métodos. La investigación y abordaje de problemáticas ambientales situadas en la conservación, exige la comunicación real entre portadores de distintas formaciones, hecho que ocurre raramente en la gestión ambiental.

Conservación y Restauración del bosque de niebla: instrumentos

Para el ecólogo Daniel Janzen: “leer la biodiversidad es un requisito indispensable para aprender a conservarla. Hoy en día la humanidad trata la biodiversidad como un analfabeto trata la literatura: ve en ella madera para combustible, papel higiénico y cajas de cartón.”

La ecología y la antropología, como campos del conocimiento que aprecian la biodiversidad y la diversidad de culturas, respectivamente, consideran que éstas son lenguajes que tienen un valor intrínseco inmenso por el sólo hecho de existir. Janzen es uno de los ecólogos tropicales más reconocidos en el mundo por sus estudios sobre coevolución y sus trabajos para impulsar programas de conservación de áreas protegidas en Costa Rica.

Sin embargo, muchos de sus planteamientos pueden conducir a una ética conservacionista

29 Capaces de intercambiar métodos de otras disciplinas para resolver problemas que desbordan la propia, pero cuya finalidad sigue siendo la investigación disciplinaria (Nicolescu, 1996).

30 En el sentido de practicantes de una actitud transdisciplinaria, conscientes de la multidimensionalidad, complejidad y reconciliaciones creativas entre oposiciones dentro de una problemática.

del tipo que Toledo ha cuestionado. No obstante, lo cuestionable de dichos planteamientos no radica en su base biológica, sino en los principios éticos que se desprenden de ésta como principios universales:

“[...] los enunciados “éticos” que se plasman en el discurso del desarrollo sostenible [...] no constituyen principios universales que lleven a establecer una ética formal y a orientar acciones racionales con arreglo a valores, dentro de los cánones prevalecientes de la racionalización social. Menos aún lo son los principios más críticos y radicales de una ética ambiental que antepone a los criterios ecológicos los principios de la diversidad cultural, la política de la diferencia y la ética de la otredad (Leff, 2004).

Mi intención al traer a colación estas ideas es mostrar como todos los enfoques, si son honestos en sus sesgos y están abiertos a ser cuestionados, son hilos de un mismo tejido que apunta a valorar los bosques tropicales, entre ellos el de niebla, como los tomos más grandes de la enorme biblioteca que es la biodiversidad.

Una manera de medir la biodiversidad, la más básica, es a partir del número de especies. El bosque de niebla se encuentra en 0.8% del territorio nacional, pero contiene unas 2,500 especies de plantas que crecen preferente o exclusivamente en este ecosistema. Este número de especies de plantas representa entre 10 y 12% de todas las especies vegetales estimadas para México, lo que hace de esta categoría de bosque la más diversa en México en relación a la superficie que ocupa. Pero en él reside otro tipo de biodiversidad que explica a la primera: el conjunto de microhábitats, es decir, la heterogeneidad de su topografía y microclimas (Williams-Linera, 2007).

A esta biodiversidad se le conoce en ecología con el nombre de “biodiversidad gamma”. Se trata de una diversidad medida a la escala de paisaje, donde lo que importa no es el número de especies presentes en determinada superficie (diversidad alfa), sino la

riqueza dada por la variedad de usos del suelo que incluye a los fragmentos de bosque original, junto con las fincas cafetaleras, los acahuales presentes y, en fin, el mosaico paisajístico completo. Tal vez otros tipos de ecosistema o vegetación guarden mayores especies por área, como por ejemplo la selva alta perennifolia, pero el bosque mesófilo es el ambiente con mayor diversidad de “mosaico”, por así decirlo.

Entre otras muchas características, las anteriores me parecen de las más fascinantes y son a la vez argumentos para que este bosque sea considerado prioritario dentro de la conservación. Por supuesto a nivel nacional se encuentra representado en varias categorías de áreas protegidas, sin embargo, éstas no pueden mantener fuera de la destrucción a todo el bosque completo, sólo remanentes, pues ésta es su principal función.

Aquellos remanentes de bosque en buena salud y al margen de áreas protegidas, existen por dos razones: o porque aún no se han podido o querido transformar, o porque han tenido un buen manejo. La segunda razón es mucho mejor noticia, ya que en un mundo en crecimiento desmedido como el nuestro, la segunda causa significaría que ya entendimos cómo sustentarnos en el largo plazo. En ocasiones, el buen manejo de un bosque ha sucedido más bien por la prosperidad económica de un cultivo afortunado, que por una búsqueda de antemano hacia la sustentabilidad. Tal vez la transformación de extensiones considerables del bosque de niebla a cafetales, desde hace más de cien años, es lo que realmente está salvando al bosque mismo. Otro sería su destino si esta región hubiera seguido una tendencia de siglos hacia la conversión a potreros y cañaverales (Williams-Linera, 2007). Los cafetales han sido compatibles con el paisaje y, sin embargo, el bosque primario y los cafetales de sombra están ahora en gran riesgo de ser transformados en un

futuro cercano, a menos que haya estrategias con un impacto positivo mayor para su resguardo.

Quisiera llegar al plano regional del bosque de niebla en México, para después hablar más puntualmente de la región de Coatepec, mi área de indagación.

Para los que han sido formados dentro de la biología de la conservación, las razones por las que es necesario conservar un bosque como el de esta zona son sobradas:

“La región localizada en la montaña, en la zona del bosque de niebla, ha sido históricamente muy apreciada para asentamientos humanos debido al clima agradable, el suelo fértil y la abundancia de agua. Los pueblos son muchos y los bosques han estado sujetos a presiones similares: una reducción del área boscosa, una fragmentación del hábitat natural que afecta al conjunto de la biodiversidad y los servicios ambientales, y una degradación de los fragmentos remanentes. En la actualidad los ecosistemas prístinos, si alguna vez existieron, se han acabado y el paisaje regional está formado por parches de vegetación con diferentes grados de perturbación, bosques y fincas, cultivos, plantaciones comerciales, potreros y acahuales que están interconectados mediante flujos de animales, propágulos, nutrientes y agua.” (Williams-Linera, 2007)

Los instrumentos para conservar este bosque, en el centro de Veracruz, no son menos variados que su biodiversidad, ya que cada fragmento de él tiene una estructura, un paisaje y un contexto singular. Uno de las principales instrumentos para implementar estrategias de conservación y restauración, está basado en su valorización en términos económicos. Uno de los criterios de valoración para medir el valor de un ecosistema, no sólo por los bienes tangibles que provee (materias primas, ingresos, sustento alimenticio),

sino por todo el conjunto de beneficios que ofrece su existencia, por lo que reciben el nombre de “servicios ambientales”.

En México la experiencia para establecer esquemas de Pago o compensación por Servicios Ambientales (PSA) por parte del gobierno estatal o municipal, comenzó justamente en el municipio de Coatepec, en el estado de Veracruz, hace apenas ocho años. A partir de entonces, en diversas partes del país, han surgido iniciativas que desde los niveles federal, estatal y municipal, han explorado formas de establecer este tipo de mecanismos.

Primero empezó siendo impulsado por el FIDEICOAGUA (Fideicomiso para el pago por servicios ambientales forestales hidrológicos de Coatepec) enfocando su trabajo en inversiones dirigidas a lo que CONAGUA (Comisión Nacional del Agua) denominaba como la subcuenca de Coatepec. Posteriormente, el PSAH (Pago por Servicios Ambientales Hidrológicos) de la CONAFOR (Comisión Nacional Forestal) empezó a operar a nivel nacional en el 2003; ese mismo año se abarcaron predios en las microcuencas del Pixquiac, Gavilanes y Sedeño (Fuentes, 2013).

Este instrumento es uno de los que se han creado recientemente ante el conflicto conservación/desarrollo, una falsa disyuntiva porque después de todo no es posible el desarrollo ni bienestar sin contar con los servicios ambientales que los ecosistemas ofrecen, así como tampoco es viable conservar sin una plataforma de desarrollo. Dicho esquema de pagos está basado en la idea de que conservar los recursos naturales, impide a los dueños de dichos recursos (propietarios del suelo) obtener mejores ingresos directos por transformarlo en un sistema productivo (cultivos o potreros), así que deben ser compensados o

beneficiados por esta acción. De esta forma, se les condiciona a continuar conservando y se incentiva a otros propietarios a beneficiarse del mismo esquema aumentando así la superficie en protección.

No pretendo aquí abordar a profundidad las implicaciones tanto éticas como ambientales que han dejado atrás y tienen en el presente este tipo de mecanismos, para lo cual se necesitaría hacer un estudio detallado enfocado en la microcuenca del Gavilanes, y después una focalización mayor en Tapachapan, congregación donde también opera dicho programa. Sin embargo, quisiera comentar algunas de las consecuencias analizadas en la evaluación de este mecanismo (PSAH) en una microcuenca aledaña, la del río Pixquiac que, por tratarse de una zona bastante cercana, podría ser un buen marco de referencia de los aciertos y dificultades de este tipo de instrumentos al momento de ponerlos en marcha en la región. Claro está que entre la zona del Pixquiac (casi por completo semi-urbana) y la congregación de Tapachapan (rural), las dinámicas y tendencias son diferentes y particulares. No obstante, considero que las reflexiones emergidas del estudio realizado por la organización Sendas A.C. (Fuentes, 2013), son lo bastante generales y reveladoras de lo que ocurre en muchas zonas del país, que es valioso traerlas a la mesa:

“El hecho de que el dinero aportado por los programas de PSA se destine al consumo, se invierta poco en sentido productivo y nada en el cuidado de los predios, resalta nuevamente la concepción de que no hay que hacer nada para conservar. Este uso del recurso también es un indicador de que la participación en los programas es vista como una forma más de allegarse de recursos del “gobierno” (subsidio) y no como una oportunidad para transformar los sistemas de producción o crear condiciones para un mercado que permita valorar los SA más allá del ciclo de los proyectos”. (*op. cit.*, 17 p.)

Uno de los problemas del PSA es que se piensa que la gente recibe un ingreso por el hecho de no tocar su bosque, una compensación por no destruir o por una actitud pasiva, casi una donación, en lugar de verlo como un pago para “hacer algo”, protegerlo y mantenerlo así.

Por otro lado, recibir remuneración de este modo, no facilita que haya un interés por conocer los propósitos del programa y a veces se mantiene un desconocimiento acerca, incluso, del tipo de servicio ambiental que se está pagando, aún si se trata de hidrológicos. Es decir, la mayoría de las personas pueden comprender que se paga por el bosque, pero no establece una conexión clara de éste y el agua que nace en sus predios y se suma a los arroyos y ríos para abastecer a asentamientos.

Una nueva dificultad nace cuando las tarifas de pago cambian de un año a otro, creando confusión sobre otros programas de PSA, como el de CONAFOR, con diferentes tarifas por unidad de superficie (hectárea):

“Los participantes en el FIDECOAGUA tienen la mayor confusión o desinformación sobre el pago que reciben y la forma en que éste se determina, situación que se explica por el hecho de que este programa ha variado la tarifa pagada por hectárea entre uno y otro año, además de que en 2007 suspendió los pagos sin dar ninguna explicación. Los participantes en el programa de CONAFOR tienen claro que el pago por ha es de 400 pesos, pero tampoco tienen claro por qué se paga una superficie distinta a la superficie del predio.” (*op. cit.* 16 p.).

La presencia de ONG y el seguimiento que ellas pueden dar a estos mecanismos de valorización, contribuye a la aplicación más eficiente de estas estrategias, pero no siempre evita una serie de dificultades de fondo, especialmente en el ámbito de la apropiación de estos proyectos por parte de sus beneficiarios, más allá de la transacciones económica de por medio. Aunado a esto, la forma en la que puede valorarse una zona como Tapachapan, no se reduce a sus servicios ambientales y la creación de incentivos gubernamentales para

la protección y manejo del bosque. También la valorización puede provenir del tamaño del deterioro y el trabajo de recuperación necesario para que empresas y otras ONG puedan intervenir, como se afirma en el Programa de Manejo de la Reserva ecológica *La Granada* “la pérdida de su cubierta forestal original, aunada a la conservación de algunos de sus principales atractivos naturales (paisajes y caídas de agua) convierte a esta reserva en una zona prioritaria para las acciones de restauración ecológica inmediata [...]” (PLADEYRA A.C., 2003: 2):

La restauración en Tapachapan: el caso de Pronatura Veracruz A.C.

Tapachapan como ya vimos, es un sitio prioritario para ser preservado, por una combinación afortunada de motivos: el lugar donde se encuentra, lo que en él hay y los intereses de grupos ambientalistas que trabajan en torno a la región³¹. Con una cubierta arbórea considerable de más de 60%, no importa que no se trate de vegetación original, de hecho es mejor aún que existan zonas degradadas para que sean factibles a recibir apoyos por programas de restauración. Pero antes de adelantar afirmaciones precipitadas quiero mostrarles la experiencia que tiene la organización de Pronatura Veracruz como actor relevante en la conservación, desde la mirada que yo puedo ofrecer, porque considero que es otro interesante ejemplo de cómo se lleva a cabo proyectos de restauración ecológica y sus implicaciones en este lugar.

31 Tratándose de una región cafetalera, este cultivo que necesita y se acopla a la presencia del bosque, ocupa el 23%, mientras los remanentes de bosque de niebla, suman tan sólo un 16 % (De Fuentes, 2009) y lo restante está repartido entre otros tipos de elementos arbóreos como acahuals y vegetación riparia. Aunado a lo anterior, el hecho de que la zona pertenezca a una de las microcuencas más importantes que abastecen de agua a Coatepec (en su 50%), la hace de interés para su resguardo y mantenimiento ecológico.

Es por estas razones que, al momento de ver la convocatoria abierta para participar en el diplomado en restauración del bosque de niebla que ofrece Pronatura Veracruz, cuya zonas de atención incluyen Tapachapan, entre otros escenarios atractivos como la Sierra de Zongolica, no dudé en inscribirme y abrir mis expectativas a las experiencias e impactos de dichas actividades en la región.

Esta ONG cuenta con una gran cantidad de proyectos en distintos rubros de la conservación: educación ambiental, observación de aves, reforestación, restauración ecológica, biomonitoreo de fauna. Pronatura Veracruz es uno de los actores no gubernamentales con más influencia en la congregación, en el sentido de la inversión económica y esfuerzo de intervención puesto en sus iniciativas de restauración. Se trata de proyectos que cuenta con un amplia experiencia en métodos y técnicas de regeneración del bosque. Además de los sitios que se encuentran trabajados y en monitoreo de sus avances, también cuentan con un vivero “comunitario”³² dentro del predio de Sergio Bonilla, que les permite asegurar la provisión de plantas para sus proyectos.

Me gustaría entonces resaltar aquí una de las definiciones que se dan de la restauración dada por la SER (Society for Ecological Restoration, 1995): el proceso de transformación intencional para recuperar la estructura, funcionalidad, diversidad y dinámica del ecosistema en cuestión. Obligatoriamente, se reconocen la dificultades para que este proceso alcance a regresar el estado original del ecosistema, sin embargo, se espera acercarse lo más posible al sistema original.

32 El carácter comunitario del vivero está dado por su localización dentro de la congregación, más que por su apropiación y manejo por parte de la gente de la comunidad, de la cual se han contratado pocas personas como trabajadores del vivero, más no socios ni mucho menos propietarios.

Una de mis principales inquietudes fue conocer cómo es posible llevar a la práctica las técnicas o las diversas aproximaciones relacionadas³³ a la restauración ecológica en un territorio de condiciones tan singulares como Tapachapan: entre lo urbano y lo rural, con una población tan heterogénea e incomunicada entre sí, condiciones que ya en los anteriores capítulos profundicé. Pareciera que primero sería necesario realizar una restauración del entorno comunitario. Pero no quiero adelantarles esta reflexión sin antes tomar en cuenta el recorrido.

Por fin, llegado el día de la práctica de campo del diplomado en la congregación, todos salimos temprano del centro de Coatepec para poder realizar las caminatas y demás actividades técnicas, puesto que se trataba de una excursión para poner en práctica los conceptos y técnicas vistas previamente.³⁴, Primero tomamos el camino que va hacia la cascada la Granada. Ahí subimos las escalinatas mientras reconocíamos el tipo de bosque desde las cima de las lomas, y los guías-facilitadores de la organización nos comentaban cómo habían seleccionado los terrenos para realizar la restauración. Una vez detectadas con

33 Se han propuesto cuatro aproximaciones de la recuperación de un ecosistema:

- a) La ausencia de acción: cuando los niveles de un sistema se pueden recuperar por sí mismo sin necesidad de una intervención, o bien porque el daño ecológico es irreversible, o económicamente muy costoso para su restauración.
- b) Reemplazo: o de forma similar recuperación de un ecosistema degradado que implica más que recuperar las condiciones originales, busca reemplazarlo por uno productivo. También se conoce como creación de hábitat, porque se establece una comunidad biológica en un sitio y se restauran ciertas funciones ecológicas, como el control de inundaciones y la retención del suelo.
- c) Rehabilitación de un ecosistema dañado: se reconoce que no se podrá recuperar el ecosistema original, sino sólo algunas de las especies originales y ciertas funciones del ecosistema. Por razones ecológicas o económicas, el nuevo bosque puede incluir especies que no estaban originalmente presentes y con el tiempo, la función de protección del bosque y los servicios ecológicos pueden ser restablecidos.
- d) Restauración: reconstrucción de un ecosistema degradado, considerando la estructura de la comunidad vegetal (árboles del dosel y del sotobosque), la composición de especies (diversidad), y el establecimiento de los procesos ecológicos.

34 Algunas técnicas de restauración empleadas en el lugar: siembra de árboles en núcleos, lluvia de semillas, transposición de suelo, elaboración de perchas artificiales, la construcción de madrigueras artificiales.

mapas y sistemas de información geográfica las zonas de intervención (factibles de restaurarse) tuvieron que aterrizar toda esa información y buscar a la gente de la congregación que quisiera prestar su terreno para este tipo de labores.

Algunas cuestiones me interesaron particularmente del relato de los organizadores. Primero que el financiamiento del proyecto en la zona provenía de la empresa más interesada en compensar daños por sobreexplotación del agua: Nestlé. En ese momento me acordé de cuando trabajé en distintos proyectos muy interesantes de conservación, que exigían un compromiso enorme con las personas de comunidades aledañas a la Reserva Montes Azules, y que financieramente era posible arrancar con donaciones de la Fundación Carso (de Carlos Slim) y PEMEX y TV Azteca, entre otras empresas. En una entrevista realizada a uno de los miembros del equipo de Pronatura Veracruz se menciona que en su caso "los últimos nichos de mercado son las empresas que destruyen el medio ambiente, que ahora tienen una obligación legal de compensar los daños" (BBC Mundo, 2013).

Otros comentarios se guardaron en mi memoria. "Lo importante es mostrarle a la gente que tener el bosque puede ser más rentable que un potrero ya que de él se obtienen mayor diversidad de productos y servicios y, están además los apoyos institucionales para hacerlo". Para admitir que es así, necesitamos recuperar primero el bosque, la restauración siempre partirá de la ausencia (en oposición a la conservación) y en principio existe ya un costo por recuperarlo, que es externamente asumido (la empresa, el gobierno o la ONG). Sin embargo, gracias a organismos como Pronatura, este tipo de inversión corre a cargo de financiadores como empresas o instituciones, lo suficientemente solventes, como para absorber el costo por restaurar. No obstante, el argumento de la rentabilidad entonces debe

relativizarse, ya que fuera de su contexto se vuelve falso. Para la empresa que explotó recursos naturales, resulta rentable pagar por compensar esa explotación con proyectos de restauración. Para una ONG, puede ser rentable trasladar fondos de dichas empresas a sus proyectos ambientales y regenerar cierta superficie creando empleos en el trayecto. Pero para el dueño de la tierra, ¿resulta rentable tener el bosque de vuelta?

En las circunstancias de la vida campesina, la pérdida del bosque puede representar también la pérdida de bienes y servicios indispensables, por ejemplo, el suelo y el agua esencial para los cultivos, por lo que recuperar cierta cobertura arbórea representa una ganancia. Empero, la recuperación del bosque, sin los debidos mecanismos productivos y económicos, no garantiza necesariamente la obtención de mejores ingresos, o una reconversión productiva capaz de favorecer la valoración del bosque en lugar de su transformación y deterioro.

Una vez recuperado el bosque que, de por sí, implicó un costo alto imposible de asumir por pequeños propietarios de tierra, ¿qué sigue? La gente debería estar preparada para desarrollar una actividad con los productos del bosque que asegurara su continuidad, y sería ideal que existieran los mecanismos necesarios y el sistema productivo que lo permitiera en el largo plazo. No hace falta ser perspicaz para adivinar que dichas acciones caen en cierto vacío sin esta plataforma de continuidad. Una organización como Pronatura, con una serie de recursos y tiempo limitados por los periodos asignados de los proyectos, tampoco es capaz de resolver esto después de terminadas las acciones de restauración. ¿Cómo atender la siguiente fase en un camino de preservación del bosque? La estrategia factible para las ONG, idealmente, es la solicitud de apoyos económicos renovados para el seguimiento del

proceso emprendido durante otro plazo. En ocasiones, no es posible recurrir a estos ciclos indefinidamente. Para las organizaciones civiles intermediarias, la mejor forma de prevenir futuras dificultades es colaborando con beneficiarios cuyos ingresos no dependan de la superficie restaurada, es decir, con medios de sustento económicos suficientes y asegurados de antemano. Esto excluye a una gran mayoría de pequeños propietarios que dependen del campo como actividad de subsistencia, y sólo deja como potenciales candidatos a aquellos dueños de grandes porciones de terreno cuyos ingresos no dependen de la restauración. Por lo anterior, uno de los obstáculos aprendidos por Pronatura es que “ningún campesino le entra a hacer monte” y, ya que para obtener financiamientos los resultados cuantitativos son cruciales, si se necesita intervenir mayor número de hectáreas “es mucho mejor trabajar con pocos dueños que sean grandes propietarios que viceversa”.

Este es el caso del coronel Agustín Agustín Olmos, quien cuenta con un predio de una hectárea en proceso de restauración donde se han invertido ya \$250,000 pesos en total por todas las técnicas aplicadas. Tratándose de uno de los primeros terrenos intervenidos en la zona, tuvieron que probar ciertos métodos a nivel experimental (ensayo y error) entre los cuales algunos resultaron ineficaces, por lo que han acumulado mucho más experiencia del proceso de regeneración que les permite ahora abarcar mayor superficie a un menor costo en futuros proyectos.

Los apoyos económicos orientados a la conservación, restauración y programas de manejo forestal, podrían hacer una balanza que diera más rentabilidad a dichas actividades, si emprendieran a su vez la tarea de generar nuevos medios de subsistencia acompañados de nuevos vínculos con el bosque. Dicha búsqueda no es acometida dentro de lo que he

podido observar y experimentar. Debido a la dependencia de fuentes externas de financiamiento, se crea una especie de burbuja de rentabilidad que se disuelve en el momento en que deja de fluir la ayuda financiera, cuando la búsqueda antes dicha es inefectiva. Esta rentabilidad del bosque promovida para su restauración, en las condiciones descritas, es una idea falaz. En nuestro país difícilmente se han creado las condiciones para que campesinos y gente dedicada al campo a pequeña escala, pueda ser económicamente autosuficiente y no haya dependencia a los apoyos económicos externos.

Otro aspecto que llamó mucho mi atención es la organización de este diplomado en el marco de un proyecto para el “fortalecimiento de capacidades comunitarias para la restauración del bosque mesófilo de Montaña en la microcuenca del río Gavilanes, Coatepec, Ver.”, es decir un diplomado que en su título lleva la convicción de fortalecer capacidades, no sólo locales, sino comunitarias. Se trata de un curso muy bien organizado y en colaboración con investigadores del Instituto de Ecología, A.C. (INECOL) y otros centros de investigación y organizaciones civiles de la región de Xalapa-Coatepec. Por todo lo anterior, el programa del curso teórico-práctico “en línea” es muy completo y requiere de cierta familiarización con el tema, el acceso asiduo que exige a la plataforma en internet y los recursos digitales, además de que no es gratuito³⁵. La gran cantidad de participantes se integran por personas provenientes de comunidades: la académica, la institucional y la de organizaciones de la sociedad civil y algunos, muy pocos, propietarios de grandes superficies de tierra. ¿Dónde quedó la representación del grupo del sector primario, aquél

35 No considero que tendría que ser gratuito puesto que es evidente lo amplio y costoso de la variedad de recursos pedagógicos con la que está construido. Además existe la posibilidad de obtener beca completa si se justifica la oportunidad y posibilidades de aplicar de lo visto en un proyecto “comunitario”. Sin embargo, no hubo ningún ejemplo, en la 3a versión de este curso, en que hubiera inscrito un representante becado de alguna comunidad rural con intención de llevar lo aprendido a su contexto.

que sí se dedica a actividades productivas y es poseedora de predios que necesitan restaurarse en comunidades rurales? El curso es de “alto nivel”, es decir, está diseñado para que se creen vínculos entre distintos sectores sociales y gente perteneciente a la categoría de “tomadores de decisiones” (investigadores, líderes de A.C., funcionarios y cargos altos) para poder tener mayor impacto en el desarrollo de iniciativas en restauración. Lo anterior bajo el supuesto de que dicho impacto es más grande si proviene de estas esferas, que si proviene de la capacidad participativa de las personas que son dueñas, en su conjunto, de superficies considerables en regeneración o en deterioro y, que tienen en sus manos la responsabilidad de cambiar el entorno. La mala noticia para los agentes conservacionistas es que dicha capa social aglutina múltiples intereses y variadas formas de ver el medioambiente, elementos con los que pocos se comprometen a enfrentar.

No obstante, el esfuerzo de organizar un diplomado de estas características, con su influencia en la región y otras partes del país por la difusión de conocimientos, maneras de aprender y transmitir experiencias a ciertas esferas en materia de restauración, es indudablemente muy valioso. Mi reflexión no busca invalidar dichas estrategias ambientalistas, sólo busca desvelar el modo en que se pone en marcha una valorización del entorno que tendría que acompañarse de otras herramientas para reanimar procesos de identificación o fortalecimiento cultural hacia un cambio endógeno, sin quedarse en propuestas externas, pobres en su capacidad de promover resignificaciones locales para la continuidad de las acciones ambientales. La conservación y restauración de una microcuenca se convierte en una voluntad no apropiada por los habitantes, sin la consideración del paisaje completo, que dicho sea de paso, está inmerso en una

fragmentación social igual de prioritaria que la fragmentación del bosque, pero menospreciada en su atención.

Valdría la pena reflexionar si es posible iniciar un proceso de restauración ecológica que considere al paisaje social, y cuyos propósitos incorporen la restauración de un entorno humano sustentable (tejido social), es decir, que pueda prolongarse en el tiempo como resultado de una nueva relación entre el ecosistema y su población. La conservación y la restauración trabajan, actualmente bajo un cronómetro desmesurado e infame. Los proyectos tienen que mostrar resultados cuantitativos en lapsos de tiempo restringidos. La eficiencia es medida por la mayor superficie intervenida (conservada o restaurada) en el menor tiempo y costo posibles. “Lo urgente no deja tiempo para lo importante” es el lema oculto, porque lo importante (la nueva relación sustentable con el entorno) lleva mucho más tiempo.

Hemos visto hasta aquí diversas formas en las que se puede y ha valorizado el bosque de Tapachapan por parte de actores sociales preocupados pero, finalmente, externos al lugar, lo que les confiere una serie de limitaciones al hecho de apropiarse de una práctica de su entorno y paisaje. Hemos visto también (en el capítulo anterior) que los habitantes de Tapachapan valoran su entorno no por el acuerdo institucional o científico sobre ciertos atributos, sino por el transcurrir de sus actividades y prácticas de vida en relación continua con el lugar.

En este recorrido he encontrado que mi propia preocupación por mantener una riqueza paisajística no puede ser un atribución impuesta a una comunidad. Las formas de

hacer conservación y restauración que he narrado han acumulado un acervo enorme de conocimientos y técnicas, pero éstas no pueden ser aplicadas sin la participación de la gente en los criterios de valoración del ambiente que los “externos” proponemos. Debe haber un punto de confluencia, o las acciones serían ineficaces o sólo se reducirían al corto plazo eficientista, sin llegar al impacto colectivo y de amplio alcance. De esta forma es necesario replantearse la necesidad de promover ejercicios de reanimación sociocultural, de construcción de significados y sentidos comunes en la práctica del espacio, para llegar a abarcar un lugar como Tapachapan, cuyas condiciones son compartidas por tantos sitios en nuestro país.

HACIA UN NUEVO PRINCIPIO

*...Es la naturaleza, será que será,
que no tiene certeza ni nunca tendrá,
lo que no tiene arreglo ni nunca tendrá,
que no tiene medida...*

Chico Buarque. Oh qué será qué será

A lo largo de los capítulos anteriores he bosquejado una propuesta alternativa para el inicio de un proceso de apropiación del territorio con fines de conservación y restauración. Este trabajo ensaya el instrumento de la narrativa como vía para propiciar la construcción de sentidos, valores y prácticas que ayuden a una comunidad a consolidar su relación con el territorio. Es en la travesía de este trabajo, desde sus comienzos, sus caminatas, diálogos y aterrizajes en papel, que he ensayado a la narrativa como vía de apropiación de mi experiencia formativa. En lo específico ella me ha permitido construir una iniciativa de investigación cuidadosa de su propio quehacer, por lo que terminó convirtiéndose en mi principal opción metodológica. En la narrativa además veía cristalizarse los mismos principios de inclusión y apertura de la transdisciplinariedad. Por otro lado, ella fue también un instrumento que permitió dar cuenta de los propios límites de este trabajo al reconocer las condiciones y alcances de la búsqueda a la que me encauzaba.

Después de mostrar las intenciones y enfoques de los que parto en el primer capítulo, me propuse fabricar un relato del Tapachapan, lugar³⁶ que concebí en la frontera de las categorías de territorio (como urbano, rural o congregación) o de dinámicas sociales identificables con los términos “pueblo”, “comunidad”, “colonia”. Y este relato fue construido con la intención polifónica de incluir todas las voces que pude recabar: las de perspectiva histórica (documentos y estudios elaborados), las voces vivas de los habitantes que participaron, enriqueciendo mis impresiones y reflexiones propias. De esta forma pude construir una ficción del lugar, o dicho de otra manera, un entramado de elementos que combinados logran representar sentidos o significados emergentes, tales como la heterogeneidad, la situación de dispersión y la ambigüedad en la conformación del territorio. Un espacio que, más allá de sus fronteras cartográficas, se presiente como no delineado, difícil de localizar en un mapa de clasificaciones o de bordes conceptuales definidos. Es así como concibo una noción alternativa para nombrar a este espacio, sin pretender llegar a una resolución de las ambigüedades encontradas, identificándolo como un “no lugar”, con la potencialidad de un terreno fértil desde el cual, sin raigambres ni valores anquilosados, puedan cultivarse sentidos compartidos, una vez llegado el momento de colectivizarlos. Una primera fase de lo anterior es la comunicación a través del diálogo que este trabajo logró abrir entre estos habitantes y yo. Sin embargo, se hace evidente la necesidad de que el diálogo sea retomado y desarrollado entre ellos para continuar con un proceso de intercambio y profundización de significados comunes. Me gustaría entonces subrayar que éste es uno de los límites de mi trabajo que a su vez marca una de las

36 Con el riesgo de ser redundante, hago énfasis en la noción de “lugar” de Escobar (2005) según la cual me refiero a una entidad multidimensional productora de identidades y del asentamiento de vínculos entre éstas.

perspectivas más importantes para ser retomadas en una siguiente fase.

En el capítulo 3 me interesó poner a prueba sobre las posibilidades de una narrativa coherente hecha desde tan diversos ángulos y posiciones: desde dentro (la visión de los habitantes sobre sí) y desde fuera (las fuentes bibliográficas que aportan luz, junto con mis impresiones e interpretación nutridas de todo lo anterior). El cuestionamiento principal detrás de este ejercicio es la eficacia de una narrativa construida a partir de elementos fragmentarios como vehículo para la invención de significados que contribuyan al establecimiento de un sentido de apropiación común del territorio. Este ejercicio involucraría dos momentos distintos. En un primer momento, la búsqueda de estas narrativas y su acoplamiento como parte de un quehacer de interpretación, ha sido el cuerpo central de este trabajo donde las voces de las personas participantes ahí plasmadas en el tercer capítulo cobran una mayor fuerza. Sin embargo, es preciso señalar que la siguiente fase de esta narrativa, es su retroalimentación con la propia interpretación de los participantes en un escenario de intercambio colectivo, donde la narrativa aquí presentada sería un buen punto de partida para tejer las siguientes.

Uno de los hallazgos más importantes hechos a través de este tercer capítulo, es la propuesta de usar el término de “no comunidad” como una manera de definir, relativa e inacabadamente, al conjunto de dinámicas sociales que influyen en los habitantes de Tapachapan. Una no comunidad, que no es sinónimo de inexistencia de comunidad. Retomando el planteamiento del no-lugar hecho por Augé, la no comunidad es aquel entramado de historias personales que no se remiten a tradiciones compartidas o heredadas, pero que tienen puntos de intersección y representan un campo fértil para la inauguración

creativa de un proceso de identidad. Considero que esta primera narrativa, hecha desde mi lugar, un centro situado fuera de la comunidad, es un primer paso hacia la comunicación y valoración de las intenciones con las que manejan y transforman su entorno. Los vínculos entre éstas podrían cimentarse a partir del cuidado del cafetal, de las estrategias para mantenerlo en condiciones óptimas, del reconocimiento de las distintas historias de apropiación del lugar y el nicho que cada quien ocupa en él. Para lograr lo anterior es necesario replantear la colectivización de las historias y perspectivas de cada quien, tarea que por los límites de este trabajo, no llegó a ser alcanzada. No obstante, existen elementos para pensar que la invención de una identidad renovada es posible a través de un ejercicio narrativo como éste, si bien, no deja de representar un desafío..

Para Bernad Crick existe una posibilidad de unidad comunitaria ante la insatisfacción que supone la sociedad moderna civilizada y que puede lograrse día a día, por medio de la confrontación, el debate, la negociación, y la concesión entre valores, preferencias y modos de vida diversos :

“[...] cuando las creencias, los valores y los estilos han sido “privatizados” descontextualizados o desarraigados-, y los sitios que se ofrecen para un rearraigo se parecen más a un cuarto de motel que a un hogar permanente (tras haber pagado un crédito hipotecario), las identidades se vuelven frágiles, temporarias y con “fecha de vencimiento”, despojadas de toda defensa salvo la habilidad y la determinación que puedan tener los agentes para la tarea de mantenerlas íntegras y protegerlas de la erosión. La volatilidad de las identidades, por así decirlo, es el desafío que deben enfrentar los residentes de la modernidad líquida. (En Bauman, 2004:188)

Uno de los propósitos que se alcanzaron en esta búsqueda fue el descubrimiento del relato como herramienta de conocimiento y como método de percepción y evaluación del

mismo proceso de conocer. Con la primera cualidad, surgida en la fase de indagación y reunión de historias, fue posible hallar la heterogeneidad y multiplicidad de voces (una especie de caos) que hablaban de muy distintas formas de vinculación con el entorno. A través de la segunda cualidad, durante la fase de interpretación, entramado y redacción, fue posible encontrar los aspectos prevalecientes en los relatos: la visión individual y la ausencia de elementos compartidos dentro de la historia de la “no-comunidad”. De esta forma, realicé una valoración del diálogo colectivo al nivel en que lo estaba abriendo, como el primer paso de un proceso hacia la acción colectiva del cuidado del territorio (conservación y/o restauración), lo cual no fue posible realizar. Aquí se manifiesta uno de los límites importantes de este trabajo: la imposibilidad de cubrir una de las expectativas iniciales basada en generar una convivencia o espacio de diálogo colectivo entre los habitantes del lugar, en donde influyó tanto la acotación del periodo para realizar esta actividad, como la necesidad de dar el debido tiempo de maduración a este primer acercamiento dialógico. Dicha vocación, era una invitación a desarrollar la forma de incorporarme como sujeto que vive la experiencia de investigación y que desea emprender, a partir de mi relato también, una estrategia de intervención desde la perspectiva transdisciplinaria. De lo anterior se desprende uno de los principales alcances de este trabajo para mi formación: la importancia de una investigación *in vivo* que cobra pleno sentido al contrastarla con mis experiencias anteriores, donde no era posible construir a cada paso una relación vinculada con aquello que se indagaba.

Quisiera centrarme ahora en las perspectivas arrojadas por el cuarto capítulo. La crítica realizada a los presupuestos y concepciones con las que se inician acciones de

restauración está basada en dos consideraciones. La primera consiste en que una vez recuperado el bosque, cuyo costo fue asumido casi en su totalidad por el financiamiento externo, no hay una garantía de que éste pueda mantenerse (después del plazo del contrato) si no se forja antes una nueva relación con él, que impida su futuro deterioro, o incluso, si llega a terminarse el apoyo económico externo. La construcción de esta nueva relación con el bosque nunca fue un eje importante afianzado en el proceso de restauración. Es por ello que a los restauradores les interesa colaborar con propietarios con la estabilidad económica necesaria para no cambiar de uso de suelo una gran superficie de un único dueño, ahorrando el esfuerzo en tiempo y recursos que implica dicha perspectiva futura. Sin embargo, y esta es la otra consideración, dicha estrategia excluye a todos aquellos pequeños propietarios, campesinos y agricultores que en su conjunto están a cargo de una superficie considerable para ser protegida y restaurada.

La posibilidad de conservar y restaurar un lugar, una cuenca o una región depende del reconocimiento de las visiones que ahí conviven, para empezar a fabricar perspectivas comunes de apropiación y después, de manejo. Los valores y creencias son importantes al codificar la ética, incluyendo la ética de la conservación. Si esto es cierto, la incorporación de éstos dentro de los esfuerzos para la conservación de la biodiversidad tiene más probabilidades de éxito que el uso de argumentos puramente científicos o incentivos puramente económicos (Berkes, 2001). Sin embargo, no puede negarse que existe una batalla perdida de antemano: los biólogos convencidos del papel de la biodiversidad y formados en los valores del resguardo y defensa de los ecosistemas no podemos transferir dichos valores por el hecho de realizar acciones de restauración/conservación en

comunidades donde no se ha fraguado, por generaciones, una relación que sustente tal protección, como sí ocurre en algunos grupos indígenas. No es una cuestión de transferencia, si no de recreación y ésta comienza por el diálogo. Tampoco se trata de afirmar que las creencias indígenas deban ser promovidas por doquier para asegurar la preservación de la naturaleza. No es posible enarbolar un tipo de retorno a la cultura de raigambre local cuando vivimos en un mundo de no-lugares. Pero tampoco es cuestión de cruzar los brazos. Debemos vislumbrar alternativas en las nuevas condiciones imperantes, aquellas donde tendremos que abonar al terreno que carezca de identidad, significados y creencias para que empiecen a germinar. En este sentido, la tarea emprendida en Tapachapan representa una acción precursora del proceso de apropiación de este lugar, ya que configuró un escenario que no había existido hasta el momento para reunir relatos alrededor de un núcleo de significado, que apenas empieza a ser imaginado.

BIBLIOGRAFÍA

- Arciniegas, Germán. 2000. *Biografía del Caribe*. Porrúa, México, 401 pp.
- Arcoverde, A.C.B. 1985. *O coletivo ilusório: uma reflexão sobre o conceito de comunidade*. Univ. federal de Pernambuco.
- Augé, M. 1998. *Los No Lugares, espacios de anonimato*. Gedisa, Barcelona.
- Augé, M. 2011. *La vie en double: ethnologie, voyage, écriture*. Payot. Paris.
- Augé, Marc. 1995. *Los "no lugares": espacios del anonimato: una antropología de la modernidad*. Gedisa, Barcelona
- Augé, Marc. 1998. *Las formas del olvido*. Gedisa, Barcelona, 112 pp.
- Bauman, Zygmunt. 2004. *Modernidad Líquida*. FCE, Buenos Aires, 179-210 pp.
- BBC Mundo Noticias, 2013. De profesión restaurador ecológico. Disponible en: http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2013/07/130628_ciencia_restauracion_ecologica_ig.shtml
- Calvino, Italo. 2003. *Las ciudades invisibles*. Siruela. Madrid, 172 pp.
- Canales, A., & Zolniski, C. 2000. Comunidades transnacionales y migración en la era de la globalización. *La migración internacional y el desarrollo en las Américas*, 413-432.
- Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (CONABIO). 2010. *El Bosque Mesófito de Montaña en México: Amenazas y Oportunidades para su Conservación y Manejo Sostenible*. CONABIO, México, D.F. 197 pp.
- De Certeau, Michel. (1996). *La invención de lo cotidiano*. Universidad Iberoamericana. 229 pp.
- De Fuentes, Martínez Kitzia. 2009. Análisis del paisaje y estudio de las percepciones ambientales en la congregación Tapachapan, Municipio de Coatepec, Veracruz. Tesis de Maestría. Instituto de Ecología, A.C. Xalapa, Ver. 264 pp.

Fuentes, Tajín. 2013. Análisis de los programas de Pago o Compensación por Servicios Ambientales de la Cuenca del Pixquiac. Informe Técnico del proyecto: "DELIMITACIÓN DE ZONAS PRIORITARIAS Y EVALUACIÓN DE LOS MECANISMOS EXISTENTES PARA PAGO DE SERVICIOS AMBIENTALES HIDROLÓGICOS EN LA CUENCA DEL RÍO PIXQUIAC, VERACRUZ, MÉXICO". Sendas A.C.

Geertz, Clifford. 1989. *La interpretación de las culturas*. Gedisa. Barcelona, 392 pp.

Geréz P. 2009. Estudio de la evolución de usos del suelos en la cuenca del río Pixquiac. Estudio técnico elaborado en el marco del proyecto "Gestión comunitaria y ciudadana y redes de aprendizaje en la zona de recarga que abastece de agua a la ciudad de Xalapa, en las microcuencas de los ríos Pixquiac y Xocoyolapan".

Giglia, Ángela. 2000. Es posible la urbanidad en las megaciudades. Préactes du Séminaire *PRISMA*, 3, 17-27.

Hawking, Stephen. 2001. *El Universo en una cáscara de nuez*. Planeta. 216 pp.

Hoffmann, Odile. 1989. De los hacendados a los forestales: manejo del espacio, dominación y explotación del bosque en la Sierra Madre Oriental (Cofre de Perote). *Trace*, (15) p. 31-49.

Illich, Ivan. 1974. *Energía y equidad*. Ed. Barral, Barcelona.

Jehenson, Ivonne. 1990. El Testimonio, ¿crónica. Autobiografía o género picaresco? *El Centro*. 16(42) : 75-83.

Kareiva, Peter., & Marvier, M. 2012. What is conservation science?. *BioScience*, 62(11), 962-969.

Leff, E. 2004. Racionalidad ambiental: la reapropiación social de la naturaleza. Siglo XXI. 505 pp.

Leopold, A. 1989. *A Sand County almanac, and sketches here and there*. Oxford University Press.

Manson R., V. Hernández-Ortiz, S. Gallina & K Mehlreter (Eds). 2008. *Agroecosistemas*

cafetaleros de Veracruz: biodiversidad, manejo y conservación. INECOL, INE–SEMARNAT.

Marchal, Jean Yves, Grayeb, Rafael Palma & Cabrera, Roberto. A. (1985). Análisis gráfico de un espacio regional: Veracruz. Instituto Nacional de Investigaciones sobre Recursos Bióticos.

Marchal, Jean-Yves; Palma, Rafael. 1985. *Análisis gráfico de un espacio regional: Veracruz*. INIREB, ORSTOM. Xalapa, Ver. 220 p.

Mavil-Aguilera J.M., Ricardez-Jiménez J., Sangabriel- Rivera I., Sangabriel-Rivera C. 2008. Modernidad en la organización cafetalera roma de la región de Coatepec, Veracruz. *Hitos de Ciencias Económico Administrativas* 14(39): 75-84

Nicolescu, Basarab. 1996. *Transdisciplinariedad. Manifiesto*. Multiversidad mundo real *Edgar Morin, A.C.*; (Traducción de Mercedes Vallejo Gómez). México. 108 pp.

Núñez, Madrazo María Cristina. 2005. *Ejido, Caña y Café. Política y Cultura Campesina en el Centro de Veracruz*. Universidad Veracruzana. México.

Panico, Francesco. 2014. *Regnus Hominis: Prolegómenos de antropología para la crisis ambiental*. UV-UNAM, Xalapa.

PLADEYRA, Planeación, Desarrollo y Recuperación Ambiental, S.C. 2003. Programa de Manejo de la Reserva Ecológica Municipal “La Granada”, Coatepec, Veracruz. 92 p.

Primack, R., R. Rozzi, P. Feinsinger, R. Dirzo y F. Massardo. 2001. Fundamentos de conservación biológica. Perspectivas latinoamericanas. Fondo de Cultura Económica. México D.F.

Rosenzweig, M.L. 2003. Reconciliation ecology and the future of species diversity. *Oryx* 37: 194-205.

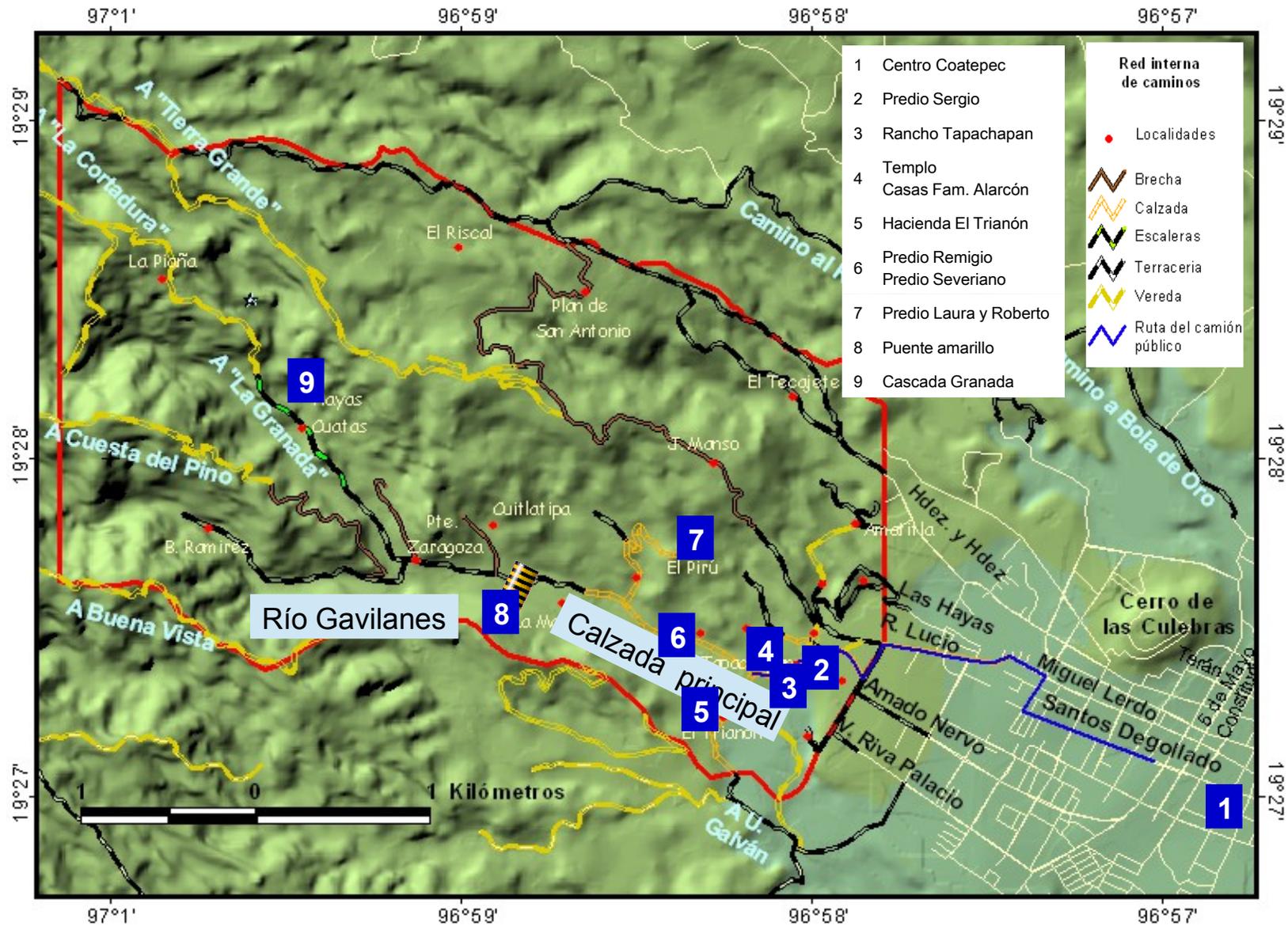
Sánchez A., R. 1948. *Breve reseña histórica de Coatepec, Veracruz*, México. 100 pp.

Sciascia, Leonardo. 2009. *El teatro de la memoria*. Tusquets Editores. Barcelona, 120 pp.

Society for Ecological Restoration (SER). 1995. Definition of Ecological Restoration. Madison: Society for Ecological Restoration.

- Sorokin P., Zimmerman C. 1929. *Principles of Rural-Urban Sociology*. Henry Holt and Company,
- Soulé, Michael E. 1985. What is conservation biology? *BioScience*, 727-734. 1985
- Soulé, Michael E. 1986. *Conservation biology and the "real world"*. En: Soulé M.E. (ed) *Conservation biology*. Sinauer, Sunderland, pp 1–12.
- Toledo, V. M. 2005. Repensar la conservación: ¿áreas naturales protegidas o estrategia bioregional?. *Gaceta ecológica*, (77), 67-83.
- Velázquez, B.R.R. 2003. La vieja agricultura y la nueva ruralidad: enfoques y categorías desde el urbanismo y la sociología rural. *Sociológica*, 18(51), 49-71.
- Villegas-Vélez, Álvaro Andrés. 2003. Campesinado y tipologías polares. El concepto de comunidad en la sociología clásica. *Gazeta de Antropología* 19 (18).
- Wagensberg, Jorge. 2002. *Si la Naturaleza es la Respuesta, ¿Cuál era la Pregunta?*. Tusquets Editores. Barcelona, 126 pp.
- Williams-Linera, Guadalupe. 2007. El bosque de niebla del centro de Veracruz: Ecología, Historia y destinos en tiempos de fragmentación y cambio climático. CONABIO-Instituto de Ecología, AC, Xalapa, Veracruz, México.
- World Database on Protected Areas, 2005 (WDPA Consortium 2005). Disponible en: <http://maps.geog.umd.edu/WDPA/index.html>

110. ANEXO 1. Croquis de Tapachapan



Fuente: Modificado de De Fuentes, 2009.